



El Gaucho de Juan Manuel Blanes

VICENTE ROSSI

# EL GAUCHO

## SU ORIJEN Y EVOLUCION

RIO DE LA PLATA
1921

DEL AUTOR

**CARDOS** — Cuentos criollos.

**TEATRO NACIONAL RIOPLATENSE** — Contribucion a su análisis y a su historia.


EDICION DE LA
IMPRENTA ARGENTINA
DEAN FUNES 152
CÓRDOBA

---

CON MOTIVO DE PROYECTOS

DE

MONUMENTO AL GAUCHO

---

# PRELIMINAR

En las proximidades de la fecha conmemorativa del centenario de la independencia Arjentina, la prensa hizo nota de actualidad con el proyecto de Monumento al Gaucho, y el público conoció en reproducciones gráficas la maquete de una escultura alusiva, obra del Dr. Blanco Villalta.

Tratándose del Gaucho, como de costumbre, no se le dió mayor interés al asunto, ni aún apesar de la importancia que asume la consagracion en mármol o en bronce. Se aceptó buenamente el proyecto de homenaje, « perfectamente merecido », y nada más.

Seis años antes yo había esbozado al Gaucho desde su orijen, en mi libro « Teatro Nacional Rioplatense », y estaba en desacuerdo no solo con la maquete citada, sinó con la opinion de los que algo han escrito (si bien es cierto siempre superficial y rutinariamente) sobre nuestro lejendario antecesor.

Entonces me dí cuenta de la trascendencia que podía tener mi aseveracion, y del peligro en que

que corresponde en este caso de tardía justicia, para el esforzado héroe anónimo de nuestra epopeya emancipadora.

Una imprevista circunstancia me dió oportunidad de colaborar en la empresa, con plausible éxito: el Dr. Blanco Villalta me envía fotografías de su maquete, sus felicitaciones y su declaracion de que « estaba en un todo de acuerdo conmigo », aún con no estar yo de acuerdo con su obra.

Y no se ha vuelto a tratar más de este asunto.

Y han pasado cinco años.

---

Recién me entero de que en el Uruguay se proyecta ahora el Monumento al Gaucho, y hasta se ha llamado a concurso de artistas para presentacion de maquetes, con un plazo que termina en Julio próximo. Esto implica para mí la honrosa intromision de asesorar a los futuros concurrentes, con cuanto esté a mi alcance, para conducirlos a la más exacta interpretacion del prócer.

Esta vez pretendo que la obra irá más completa, ratificando lo que ya he publicado, y con una concluyente modificacion sobre la etimolojía de la palabra « gaucho ».

He tratado de que me acompañase la más sana lójica, en esta investigacion. Me he esforzado sinceramente en recojer la probable verdad, de la acumulacion de datos, crónicas y circunstancias históricas, tan diversas como diversos y dudosos fueron sus autores, refiriéndome a los que trajo la invasion de América y escribieron antes de la Libertad. Los contemporáneos han tenido la debilidad de dejarse influenciar demasiado por aquellas crónicas, y desorientar por el exotismo, en sus deducciones étnicas y etimolójicas sobre el Gaucho, produciendo sujetos que en el mejor de los casos apenas representan una época, pero nó un orijen, ni una raza.

Tal el peligro en que fácilmente se cae.

El Monumento al Gaucho no debe ser una época de su evolucion, debe ser un símbolo, y no será fácil encontrarle otro que no sea su propio orijen.

Vamos, pués, a buscar a ese Gaucho; al primero, al que en epopeya aún no cantada, empapó con su sangre el suelo nativo para que jerminase la semilla de la libertad, y asombró al enemigo con su temeridad y valor, que como inapreciable legado había de dejar a sus descendientes continuadores de su obra, para el advenimiento de la patria.

Marzo de 1921.

---



# EL GAUCHO

# PREHISTORIA

Condiciones excepcionales de la tribu Charrúa. — Sostiene perpétua guerra con el invasor. — Hace fracasar las misiones de frailes. -- Hace fracasar las famosas «leyes de Indias» y el protocolo colonial. — Se interna y produce la salida de sus guerreros nómades. — Las lejendarias montoneras.

La primera irrupcion europea en el Río de la Plata, tuvo la desgracia de pretender desembarcar en su banda oriental y fué totalmente exterminada por sus habitantes.

Tiene este hecho su especial importancia: fué caso único en la invasion de América, y prueba evidentemente que aquellos naturales no se asombraron ni se atemorizaron ante la imprevista aparicion de seres extraordinarios, forrados con metales refuljentes y pertrechados de extrañas armas, puesto que se arrojaron sobre ellos sin preámbulos, y después de sacrificarlos encomendaron al río que los devolviera al océano.

En naciones civilizadas como la de los Incas y los Aztecas, los fabulosos seres de la invasion habían logrado penetrar sin ser molestados, valiéndose del asombro y admiracion que produjeron en las muchedumbres indíjenas, es pués ex-

traño que les fracasara la presentacion en la banda oriental del Río de la Plata, poblada, según las crónicas, por «verdaderos salvajes», en los que suelen tener influencia aplastante las apariciones.

Se designaban a sí mismos estos autóctonos con el nombre de Charrúas, y formaban una aguerrida tribu perteneciente a la gran raza y nación Guaraní. Ocupaban un territorio que podemos llamar península, en la banda oriental del Uruguay y del Plata, y con el Atlántico en su oriente.

El invasor codiciaba la cuenca *de la plata*, cueva de Aladino inventada por la ignorancia y espíritu mistificador de aquellos aventureros, cuya fama había cruzado los mares y acicateaba la ambicion europea, por lo tanto persistió en apoderarse de ella, enviando progresivamente hombres y recursos, que palmo a palmo disputaron al incansable Charrúa la ocupacion de su tierra.

La inferioridad de elementos; los claros en las filas, que no se llenaban facilmente puesto que la tribu no tenía de donde esperar más hombres, producía forzosamente su paulatino debilitamiento; sin embargo, en ningún momento decayó su agresividad, ni tuvo la fatal debilidad de creer en las repetidas demostraciones de amistad con que el invasor pretendió atraerlo.

Secular fué la contienda en la península Charrúa, pero tiempo llegó en que instintivamente, el indíjena en las selvas y las sierras, y

el invasor en las orillas, se abandonaron a una tregua tan necesaria como contraproducente era la disputa.

Fué entonces que el invasor deslizó suavemente sobre aquella tribu su hueste de frailes, y se produjo otro hecho único en la historia de la irrupcion europea en América: el Charrúa escuchó silencioso las patrañas de aquellos hombres, y silencioso les dió la espalda. Fueron inútiles todos los recursos de que hicieron uso para atraerlo; es de suponer el encono de los «evanjelizadores». Encomendaron a la paciencia y al tiempo que obraran el milagro, y éste no se produjo; hubo que renunciar a las *misiones* en tierra Charrúa, lo que significaba una vergonzosa derrota para la hueste de frailes, derrota sin ejemplo, que no pudieron vengar con una masacre, según acostumbraban, por lo peligroso que era aquel *hereje*.

Abundan los frailes entre los cronistas de la invasion de América, en su mayoría sin otro objeto que el de dar «lustre y gloria a la orden» a que pertenecían, sin perjuicio de que a sí mismos les alcanzara; y esta gloria cuando no se conquistaba de verdad, catequizando *herejes*, se fabricaba con mentiras de todo calibre; es, pués, curioso consignar que en este caso de la fracasada *mision* en tierra Charrúa, hubo fraile cronista que la anotó tal cual se produjo, no como sorprendido por tan extraño suceso, sinó para

probar el enorme *salvajismo* de aquella tribu, que, en verdad, demostró ser la más sensata de América.

La gran raza Guaraní, pobladora de toda la costa occidental del Uruguay, de Misiones y el Paraguay, había ya caído en manos del invasor por obra de los frailes. En Misiones fundaron una fuerte factoría que alguien llamó en estos tiempos «imperio jesuítico de Misiones». El Charrúa sabía todo eso; celoso de su libertad, bravo y avizor, trataba de no ignorar nada de lo que sucedía alrededor de su península; y fué sin duda el conocimiento de esa situacion de sus hermanos, que influyó en que se dignara escuchar a los frailes, quizá para informarse si era dicha situacion, diplomacia de la raza o conveniencia de subsistir; pero el fino instinto que este autóctono demostró en todos sus actos, le aconsejó no correr igual suerte que las otras tribus de su nacion.

No es de dudar que pudo haber algunos hechos aislados de sometimiento de charrúas a la falsa bondad del invasor, error que esos infelices pagaron trájicamente; y es desde entonces que han debido correr parejas las condiciones morales de este «salvaje» con las de su enemigo, pués cuando el último desplegaba su política traidora, con igual moneda le pagaba el Charrúa. Estas cualidades que algún cronista ha consignado en desmerecimiento de la esforzada tribu, son una de

sus recomendaciones históricas, y una prueba más del fino instinto que la tutelaba.

Un cronista contemporáneo, de orijen godo, dice:

«La manifiesta repugnancia de los indíjenas «uruguayos a mezclarse con los colonos españo- «les; su tendencia a continuar vida errante y «selvática, sin amoldarse a la civilizacion caste- «llana; el fracaso que sufrieron las reducciones «franciscanas, y otras razones que sería enojoso «enumerar, impidieron la aplicacion de la mayor «parte de las leyes de Indias, de modo que aquí «no hubo encomiendas, ni repartimientos, ni «otras instituciones que por entonces formaban «el engranaje del pesado organismo de la admi- «nistracion colonial».

El Charrúa le había enmendado la plana al engreido invasor.

Ninguna tribu indíjena del Sud se condujo con el escepticismo de la Charrúa, ni guardó su actitud agresiva e insobornable, bien probada hasta en sus últimos días, bajo el sol de la libertad, cuando incorporada a las contiendas internas, sacrificó esterilmente su histórica altivez salvaje y sus últimos representantes.

Otras más poderosas, pero más alejadas del terreno en que operaba la irrupcion, no fueron molestadas y no molestaron; las mansas o débiles se internaron presurosas o sucumbieron amablemente engañadas.

El Charrúa, cercado en su codiciada península, no exteriorizó, sin embargo, ningún desaliento, no era su tribu de las más poderosas ni numerosas, pero si era indomable y aguerrida. Escondió en las selvas, al amparo de la naturaleza, sus mujeres y sus niños, y más tarde su propia desventura, (que internado, el enemigo no sospechaba sus fuerzas), y se hizo abnegado nómade de su libertad, por instinto de conservacion de raza, sediento de venganza; no sabe si volverá a sus toldos; va al sacrificio por la seguridad de ellos, por la defensa de su suelo, que fué de sus mayores y siempre lo tuvo por propio: vaga nocion de la patria.

Ha visto claramente el destino que la contienda reservaba a los suyos, y se sublevan en su espíritu indomable todas su características de batallador y vengativo; se lanza sin rumbo, a la ventura, en cruzada de vindicaciones, con su fe india en lo ignoto, en la apoteosis al valor y al sacrificio por la raza; y atisbando como las fieras desde los escondites más insospechados del terreno: cada flecha rauda y certera, cada lanzaso como rayo, cada bolazo fulminante, restaba un hombre al invasor cruel y orgulloso.

Fué su táctica durante muchas décadas, y aunque contribuyó a demostrar sus admirables condiciones de irreductible, no lo libró del invasor, puesto que las remesas de aventureros que

fueron cayendo sobre la tierra Charrúa, suplía de contínuo a los exterminados.

Pero un día se oyeron voces extrañas que no escaparon al insuperable oído del indio: eran los primeros conjuros a la lucha para expulsar al intruso. Exhortaban a ello unos hombres que sin ser indios aparentaban tener todas sus cualidades: los primeros mestizos. Y el Charrúa, el altivo indíjena a quien ninguna seduccion logró sobornar, esta vez corrió instintivamente, presuroso e incondicional, a ofrecer su pericia, su audacia y su odio. Los cabecillas indios, que con partidas de hombres de su raza recorrían los campos en abnegada mision, mejor sentida que interpretada, apenas tropezaban con grupos dirijidos por mestizos, se agregaban de inmediato, pués suponían muy cuerdamente que éstos sabían más que ellos del invasor, y así les era mucho más facil batirlo.

¡Cuánto heroe anónimo se habrá inmolado en esos oscuros tiempos de nuestra prehistoria, en los indecisos prolegómenos de la protesta americana contra la invasion! Indios perseguidos y mestizos repudiados hicieron la jesta épica, no cantada todavía, pero hondamente sentida en el propio espíritu de toda la historia Americana.

# EL GAUCHO

El autóctono primer soldado de la libertad. — El « huachu ». — Jestación del Gaucho. — Comienzos de la epopeya en la península Charrúa. — El primer Gaucho.

Cuando en la banda oriental del Uruguay y del Plata empezó a esbozarse la historia, y los gloriosos montoneros de la libertad, ya prestijiosamente encabezados, pretendían la conquista de una patria futura, al llamado de los caudillos siempre fueron los indios los primeros en acudir; los primeros cuando no los únicos.

Este soldado imprescindible, cuya ejemplar tenacidad preparó la emancipacion de estas tierras; valeroso, sobrio, astuto, jinete sorprendente, baquiano y rastreador, no se llamaba « indio » a sí mismo, ni podían llamarlo « indio » los mestizos, por tratarse de una derivacion supuesta por el invasor, que confundió las Américas con las Indias; era guaraní de raza y « charrúa » por su tribu, pero esta denominacion la había dejado en los toldos. No alcanzaba a definir la trascendencia de la obra en que colaboraba, para llamarse soldado o montonero de

la libertad, aspiracion que él sentía intensamente en su espíritu. Dejó, pués, de ser « charrúa » al abandonar sus toldos, pero trajo de ellos su nueva honrosa designacion: « huachu ».

Los primeros indios que se presentaron a las primeras guerrillas históricas, es indudable que han dado a comprender a los mestizos que en ellas encontraron, por señas o con lenguaraz, que podían tener plena confianza en su lealtad y en sus armas, que aunque « charrúas » eran « huachus »: guerreros nómades, que iban desafiando a la muerte, sin más armadura ni más compañía que su sed de venganza.

En idioma Guaraní, a un ser humano o a un animal que se presenta solo, huído o sin procedencia conocida, se le llama «huachu»; por extension o por analojía, es tambien «huachu» el que se aparta sin rumbo, hacia vida ambulativa. El guerrero nómade charrúa era, por lo tanto, «huachu» en la clasificacion y terminolojía usual de su tribu.

No había, pués, otra forma de distinguir a estos cruzados, que con el título de « huachus ».

Paulatinamente sus hazañas hicieron famoso ese nombre, que infundía el terror al enemigo y confianza a la montonera.

Lejion de seres maravillosos en su temeridad. « Semidesnudos, brotados de la tierra a cada paso », dice un historiador.

Leyes e inflexiones de evolucion fonética, según lo indican los lingüistas y lo prueban los idiomas autóctonos, han hecho que el vocablo « huachu » pasara por las transformaciones de « huacho », más tarde « guacho » y finalmente « gaucho ». (1)

Nuestra historia preparaba sus primeras pájinas, cuando « Gaucho » era un símbolo de guerra, y la fama de los hombres así llamados volaba con alas de leyenda.

---

José Jervasio Artigas, en tierra Charrúa, resuelve en una noche de 1811 emprender su histórica campaña por la libertad, y sale sijilosamente de la Colonia con un puñado de negros lanceros. Vá hacia el occidente, tan rápido como su situacion lo exije, sin que ello evite que en el trayecto se le agreguen presurosos y silenciosos, hombres que salen de todas partes del camino. Son indios; son aquellos « gauchos », que ambulan buscando donde demostrar su audacia y su reconcentrado odio.

Días después, Viera y Benavidez proclaman la lucha por la libertad en Asensio, con un pequeño grupo de congregados, « entre gritos de « entusiasmo y ajitar de lanzas primitivas. En « ocho días reunen quinientos hombres brotados « de la tierra ». Eran charrúas, eran aquellos

«gauchos», que solo ellos podían en verdad brotar de la tierra y esgrimir lanzas primitivas.

El fino instinto de estos hombres les hizo depositar toda su fe en Artigas, el predestinado, que con su misteriosa influencia pudo iniciar la cruenta jornada precursora de una futura nacionalidad. En un ambiente adverso; en un semillero de peligros, donde toda preparacion era imposible; sin recursos de ninguna especie y sin la jestacion que jeneralmente prologa las rebeliones, estéril habría sido el jesto patriótico de Artigas si no le acompañan los indios-gauchos, que le comprendieron y le siguieron ciegamente, fieles, abnegados y estóicos. En la gloria de los triunfos estaban a su lado; en los amagos de la desgracia solo ellos le acompañaban. Ellos tambien le proporcionaron el colaborador más fiel y más esforzado: Andresito, el malogrado jefe de raza charrúa. (2)

Es desde ese memorable 1811, que por las factorías y poblados del bárbaro invasor, corre la mala nueva de que en la península Charrúa y por el litoral del Uruguay, las lejiones de demonios semidesnudos con un jefe prestijioso a la cabeza desbaratan sus hordas y sus planes y no dan cuartel. Por tierras del guaraní occidental, la raza amansada siente hervores nativos en su sangre y murmura con íntimo orgullo: «¡son los huachos!». Por las comarcas del guaraní septentrional, la fuerte raza astutamente sujestio-

nada hasta el idiotismo, sonríe y exclama: «¡huachos!» y los frailes les contestan. amenazantes: «¡gualichos!» (son diablos, espíritus del mal!). (3)

Por donde pasaba el aliento cálido de la rebelion, surjían aquellos temibles hombres que iban a la lucha sin contar al enemigo. Donde un brazo se levantara armado o una voz se levantara airada contra el invasor, surjían los centauros de bronce. Osados en el ataque, inexorables en la pelea; cumplían un sagrado juramento instintivo de venganza, formulado en el culto de odio secular.

Cunde la fama de aquellas lejiones; sus hazañas se cuentan y comentan, más fantásticas cuando más lejos llega su eco.

Cunde su fama y su ejemplo, y muchos de sus hermanos de las tribus amansadas, atan fuertemente la vincha, revisan sus armas y se incorporan a los caudillos que pasan.— «No más indio manso, indio sonso!» —Y con toda la tenacidad de la raza, van a la conquista de su propia reivindicacion; se hacen libres, ¡huachos!

---

Esa es la étnica y el orijen del Gaucho, del épico centauro que por sus sorprendentes hazañas, fué primero la leyenda y después la historia.

No fué poeta, ni cantor, ni músico; fué guerrero.

Era un vengador, nó un nómade romántico.

Era un cruzado de su propia causa, nó un soldado de ocasion en causas ajenas.

Era indíjena, indíjena puro; el verdadero, el primitivo gaucho, el de la leyenda patria. (4)

## ARMAS E INDUMENTARIA

Progresiva adopcion de prendas. — Orijen del chiripá, bota de potro, poncho, etc. — Orijen de lanza, facon, etc. — De los vencidos se provee. — No cubre su cabeza; sujerente homenaje a la raza.

El indio no desconoció las ventajas que la indumentaria daba a su enemigo, y si le preocupó tan importante detalle, no fué motivo, como lójico sería suponer, que le aconsejara rehusar las continjencias de la guerra, y a ella se lanzó confiado y animoso, aunqué para defender su desnudez llevaba unicamente sus armas.

Usaba un taparrabo de cuero que en guaraní-charrúa se llamaba « chepí » (mi cuero). Era corto, lo necesario para llenar su objeto, y colgaba en dos trozos, uno detrás y otro delante. El uso del caballo tuvo necesariamente que reformar el « chepí », de la manera más lójica: haciéndolo de una sola pieza y pasándolo por entre-piernas. Esta circunstancia ha hecho que fuera prudente cambiar su calidad, y por más que habrá sido primeramente de cuero, molesto y lacerante, pronto ha debido sustituirse por tela

proveniente del botin de los encuentros afortunados, o de los telares indíjenas.

Este «chepí» no perdió su nombre, pero fué permutando sus vocales, conforme a reglas casi invariables en la evolucion del idioma Guaraní, y tuvo su época de pronunciarse «chipá». Sometido a las innovaciones de la fonética y del uso, nos ha sido trasmitido en el vocablo «chiripá». (5)

El propósito instintivo de aplicarse indumentaria, por las inmunidades qne le reportaba, se confirmaba en la imajinacion del indio en cada encuentro.

Resolvió cubrir sus pies y sus piernas, y como todo sujeto selvático, echó mano de la piel animal. Envolvió las pantorrillas y los pies con un cuero fresco, dejándose libre los dedos para estribar; esperó que dicho cuero secase sin retobar, es decir, sin oprimir sus carnes, y nació la bota de potro. (6)

Este calzado le insinuó que debía alargar el chiripá, para cubrir los muslos, lo que hizo apenas tuvo oportunidad. Pasó así, la citada prenda, a otra de sus etapas, acercándose a las rodillas, dejando todavía al descubierto parte de los muslos, a los costados.

Los vencidos le proporcionan otras ropas. Se le ve entonces con calzoncillos o algo que hace suponer lo sean,. pues la parte descubierta del muslo ha desaparecido tras una tela blanca que sale de debajo del chiripá y se oculta dentro de las botas.

Esta indumentaria fué por muchos años la característica del gaucho primitivo. No se resolvía a cubrir su busto de bronce.

Era común en las alzadas de hombres, cuando se luchaba por la Libertad, que los jefes al revistar la indiada gaucha, encontraran en ella el catálogo vivo de la transformacion paulatina de su indumentaria: unos con «chipá» y botas cortas, otros con chiripá y botas de potro, otros con lo mismo y calzoncillos; todos igualmente decididos, apoyados en su larga y temible lanza.

Y llegó el día en que el indio-gaucho se cubrió con otro gaje de guerra: se puso una camisa, blanca, desabotonada, abierta en el pecho; sin duda le ahogaba; y la arremangó hasta cerca del codo, para no sentir opresion en las muñecas, ¡sus muñecas de acero!

Y ese era entonces el «semibárbaro» de las comunicaciones de la época.

Como consecuencia de haber sustraído su piel a la intemperie, se hizo sensible a los cambios

atmosféricos, y a raiz de un intenso frío tomó de sus trofeos un pedazo de jénero abrigado, le hizo una abertura en el medio, metió por ella la cabeza y fué a caer sobre sus hombros, colgando sobre pecho y espalda, sin alcanzar a la cintura; y apareció el primer poncho. (7)

---

De los vencidos conquista el hierro que necesita para su lanza, para sus manos y para sus pies.

Sus bosques le proveyeron de largas, fuertes y flexibles varas, las famosas tacuaras con que más tarde hacen proezas los gauchos de las montoneras civiles. Debieron los «huachus» haber labrado las puntas en dura madera o pedernal, hasta que el enemigo las obsequió de acero.

Cuando no estribaba, sus talones endurecidos timoneaban el caballo admirablemente, pero se munió de estribos y se le antojaron espuelas; las tuvo, y el que no las consiguió se hizo un suplemento con tientos y púas improvisadas, hasta que le tocara en suerte una *de fábrica*.

Si encontró un cuchillo o algo parecido, es indudable que no lo despreció, que hoja que corta nunca deja de ser útil, y como no contaba

con él para las luchas, lo echó a la espalda, en la cintura, bajo el tiento que le sujetaba el chiripá; y fué el precursor del facon. (8)

Sin embargo, en los entreveros, es cosa segura que aquella hoja ha relampagueado mortífera a los ojos del enemigo. Obligado a la hábil direccion de su caballo, porque de ello dependía el éxito en la pelea, fué sabia medida echarla a la espalda, donde no estorbaba y oficiaba de reserva. El Gaucho la conservó en el mismo sitio, apesar de sus personales evoluciones, y fué el primer hombre de pelea en el mundo que usó el arma blanca en esa forma.

Atadas al recado, si lo tiene, y a la cintura si anda en pelo, lleva las boleadoras, arma útil en trances apurados, y que casi nunca fallaba para trabar al enemigo que huía. (9)

De su raza altamente rebelde conservó la divisa, la temible divisa de su vincha, para ordenar y sujetar su lacia melena, y la que en los preliminares de las justas infundía al enemigo el terror de la derrota antes del encuentro. Jamás cubrió su cabeza, en homenaje a su estirpe tan oscura como heróica. (10)

Ese fué el Gaucho, el heroe de la leyenda patria, el que abrió el libro de nuestra historia

por su primera pájina, hoy difusa, inintelijible, porque los historiadores de lo nuestro la han ido borrando de tanto apoyarse en ella para escribir las siguientes.

---

# EVOLUCION DEL GAUCHO

En la banda oriental del Plata. Caracteres injénitos del Gaucho. Su adaptacion al ambiente despues de la patria. — En la banda occidental. Contraste con la oriental pues el indio aborrece al gaucho y al blanco. El Gaucho en la epopeya de la libertad. El Gaucho de estirpe y el "paisano". — Institucion del « pago ». Final de evolucion. — Las cualidades de orijen subsisten a la mestizacion. — « Ya no hay gauchos ».

La jénesis charrúa del Gaucho, se deduce fácilmente del desarrollo histórico de los acontecimientos en la lucha contra el invasor, y de su actuación perfectamente definida al servicio de los caudillos de la Libertad.

La herencia charrúa no se disipó en la banda oriental del Uruguay y del Plata, subsistió obedeciendo a esa ley inalterable de la jerminacion de las razas en sus misteriosas relaciones con el suelo, con la madre tierra, que asegura a las jeneraciones que donde tal tribu hubo, tal pueblo hay.

Prevalece, pués, el atavismo en el gaucho evolucionado: altivez cívica, rebeldía sin dobleces, valor y audacia a toda prueba; soldado,

siempre soldado, desde nuestra prehistoria hasta la última revolucion.

Cuántas veces, escritores criollos, han publicado con injénua indignacion, que la altivez y rebeldía oriental era «herencia charrúa»! No se han dado cuenta de la justicia que encerraba el presunto estigma, puesto que tal herencia a nadie puede avergonzar, absolutamente a nadie, por muy torcida interpretacion que se quiera darle.

Escenario perpétuo de batallas fué la banda oriental; de los cuatro puntos cardinales hacían periódicas irrupciones sobre ella ejércitos que, amigos o enemigos, iban a guerrear en aquel suelo. Por consiguiente, el Gaucho evolucionaba sin dejar de ser soldado, no quedándole tiempo para ser romántico y cantor nómade; sabía demasiado de la prosa de la vida y diariamente hacía frente a la muerte.

Inexorable en la guerra; jeneroso en la paz. Su alma primitiva no estaba exenta de ternuras, que irradiaban en la jovialidad que lo hizo famoso en los campamentos.

Cuando relativa tranquilidad le permitió hacer vida de «pago», estaba este gaucho en esa etapa de su evolucion que para las presentes jeneraciones es la definicion única del sujeto. Vestía camisa, chiripá y bota de potro; a los costados, por las aberturas del chiripá, se veía blanquear el calzoncillo, que usaba dentro de las botas; pon-

cho no muy largo; pañuelo al cuello; vincha, y echado algo hacía atrás, dejando verla, un sombrero blando, de ala no muy ancha, con barbijo; espuelas; cinto, con monedas brasileras por botones; facon (un machete o daga); boleadoras de reserva atadas al recado; en la guerra, lanza india. Nunca usó «cribado» o calzoncillos por sobre las botas. Jeneralmente lampiño, o cuando más algunas cerdas de bigote y otras en la barba; melena corta y lacia; hubo tambien barbas y melenas profusas despues de una larga campaña, en los más mestizados.

Cantaba e improvisaba en sus fogones, acompañándose con guitarra; cantaba a la patria o a su amada. Celoso como indio, se hacía matar por una mujer, pero apenas llegaba a sus oídos un grito de guerra, era para él toque sagrado de llamada; abandonaba todo y corría presuroso a cumplir con su atavismo.

Nunca fué enemigo del indio; era su compañero en las filas y tenía gran respeto por sus audacias y habilidades. De la raza poseía aun admirables condiciones de rastreador, que hacían que el enemigo, por muy oculto que estuviera, se vislumbrara ante sus ojos como en un espejismo.

Resistió en forma encomiable la tentación del «pago» con todos sus mercachifles, manteniéndose sencillo en sus costumbres, serio en su vestimenta, que siempre prefirió de colores oscuros.

El trabajo lo incorporó a las tareas camperas. Su espíritu independiente debe haberle hecho aceptar de mala gana, pero aceptó, y nadie pudo aventajarle en destreza y disciplina. Esta vez los bolicheros del «pago» consiguen hacerle usar anchas bombachas y saco. (11)

Mantenedor inalterable de la altivez de su estirpe, no admitía dudas sobre su valor y no rehusaba duelo ni empresa arriesgada. La autoridad canallesca que fué ruina y terror de nuestra campaña, y la más alta expresión de la ignorancia, chocó con aquel hombre, de puro vicio y cobardía, y creó el matrero, el gaucho que busca protección en la Naturaleza, internándose en las selvas, como siglos antes tuvieron que hacerlo sus ascendientes indíjenas ante la *civilización* que se les vino encima. Esta autoridad criolla era un honroso derivado de aquella *civilización*.

---

No aparecieron guerreros «bárbaros» en tierra Arjentina, que adelantaran los fastos de la historia en la conquista de la libertad; no hubo allí lejendarias hordas épicas de oscuros próceres semidesnudos, que encarnaran la protesta de América afrentada. Estaban demasiado lejos los aduares de las tribus autóctonas que pudieron dar «bárbaros» de epopeya, y aborrecían dema-

siado al intruso y sus descendientes para proporcionárselos.

Las convulsiones precursoras de la conquista de la independencia, encuentran los primeros gauchos en la banda occidental del Uruguay, mentados por las audaces correrías con que distraían su valor y actividades guerreras, sosteniendo un continuo trajin de luchas en su banda y en la vecina.

Los movimientos revolucionarios que prepararon la emancipación Arjentina, fueron organizados e iniciados por jefes puebleros, algunos de ellos de escuela europea, y en los poblados residían las autoridades proveedoras y directoras de los ejércitos, que uniformados y más o menos disciplinados surjían paulatinamente. No pudo, pués, el Gaucho ofrecer su prestijio de soldado donde no lo tenía. Con demasiada confianza en sí mismo para detenerse en ese detalle, se incorpora resueltamente a aquellos ejércitos. Lo han contemplado con curiosidad un momento, luego lo han olvidado, va en ellos desapercibido; ni sospechan fuese un descendiente de oscura e invencible raza de guerreros, que desde muchísimos años antes de haber nacido todos los hombres que formaban esos ejércitos, luchaba sin tregua por la conquista de la libertad de su suelo.

Va como un símbolo de América y lleva en sus sagaces pupilas la visión del triunfo.

Por sierras, llanos y espesuras, cuando aquellas lejiones se detenían indecisas, como si una fuerza invisible las amenazara o desorientase, unos hombres sin morrion ni correajes y con indumentaria que solo podía ser indíjena, se adelantaban, se arrastraban sobre el suelo o tendían su vista de condor desde una eminencia, para indicar luego con imperturbable seguridad la senda oculta hacia el punto de destino.

Jefes y soldados delegaron instintivamente toda su confianza en aquellos misteriosos hombres de cabeza vinchada, que con el oído pegado al suelo sabían, sin equivocarse, todo lo que fuera necesario saber del enemigo.

¡Cuánto y cuánto se habría retardado la victoria sin el concurso de este maravilloso guía!

Su audacia y su pericia en los entreveros, sus irresistibles cargas, le abren cancha donde él quiere. Donde hay una proeza, hay un gaucho; despedazado si lo han vencido; radiante, roja su lanza, firme la vincha sobre su frente, en jirones sus trapos y su piel, y sonriendo, si ha vencido. El ejército tonifica su ánimo con tales ejemplos,

Gauchos eran! fieles a su ascendencia autóctona, y a su injusto destino de conquistar la gloria para todos, menos para ellos.

Cuando la historia Arjentina prepara sus pájinas al caudillaje, éste ha encontrado como

único contínjente para levantar sus montoneras: el gauchaje.

Dos tipos perfectamente definidos lo componen: el oriundo de la banda occidental del Uruguay y el de tierra adentro.

El primero es el Gaucho de estirpe; de un vaho cobrizo en la piel; diestro y bravo, leal e irreductible. Es distinguido por el de tierra adentro, admirativamente, con el apodo de «indio crudo». En los comentarios del fogon, cuando se quería citar en alto grado la valentía y el arrojo de un gaucho, se aducía como prueba decisiva: «¡es indio crudo!», que equivalía a «¡es gaucho lejítimo!».

El segundo, es el gaucho improvisado, mestizo o criollo, campero o sub-urbano, adoptó como la jeneralidad en aquella época, la indumentaria gaucha, cómoda, barata y sin sastre; de prestijio en el suburbio, de ascendiente en la campaña. Era el «paisano», elemento de paz; pero los malones frecuentes de los indios le obligaron a la defensa colectiva, y a ser hábil y denodado en esa defensa. Guerra larga, intermitente y sin cuartel, formó paulatinamente a este gaucho, esforzado, abnegado y jeneroso, que habituado a la lucha, figura luego eficazmente en las montoneras. Su vestimenta fué su bautismo de guerra.

Es en este momento que el «gaucho» se hace entidad en tierra Arjentina, y es este gau-

cho el que sirve más tarde de protagonista en las relaciones de los poetas del pueblo, y a los apolojistas para sus deducciones; en fin, este es el gaucho que los cronistas llamaron «arjentino», con más exactitud que deliberado criterio.

Se desarrolla su vida entre la cruenta resistencia a los malones, las contiendas civiles y las distracciones del «pago».

Usaba este gaucho: Camisa, chiripá y bota de potro; ésta desaparecía bajo un ancho calzoncillo suelto, como pantalon, que solo dejaba visible el pié hasta el tobillo, prenda de su invencion que le evitó adoptar la bombacha. Poncho largo; pañuelo al cuello y en vincha, y echado algo hacia atrás, un sombrero blando, de ala no muy ancha, con barbijo. Espuelas grandes; cinto con monedas o chapas de plata por botones; facon (una daga o machete); boleadoras de reserva en el recado. En guerra, lanza india. Tez trigueña, bigote, y en campaña, barba poblada y melena. (12)

Débil a las tentaciones del «pago», se sometió a sus vicios, que explotaron los bolicheros, los mercachifles y la autoridad.

Romántico cantor, solía también improvisar al compás de su guitarra, por ranchos y fogones.

No rehusaba un reto, pero no tenía instintos de pendencia.

Como consecuencia de su propia formacion y actuacion en los malones, era enemigo mortal

del indio, que a su vez le odiaba protundamente. Se cuentan casos de gauchos que declarados fuera de la ley por la autoridad encanallada de entonces, se encontraban sin tener otro refujio que los toldos del indio, y a su problemática jenerosidad se encomendaban, siendo bien recibidos. Política india: aquel *civilizado* o mestizo, servía de fuente de informacion, y si era necesario, de guía; y aunque estuviera en los toldos cien años, no se le perdía de vista.

Perito en las faenas camperas, cuando las circunstancias le permitían dedicarse al trabajo; en el que poco duraba, pues, soldado por fuerza, en todas y por todas las causas, la patria o los caudillos lo arreaban para sus filas, si antes no se presentaba como voluntario.

Guapo y altivo, la autoridad camorrera y taimada trataba de mortificarlo para hacerlo «caer en desgracia»; entonces se veía obligado a huír, ambulando de «pago» en «pago», en contínuo peligro, al que hacía frente valiente y resuelto cuando no podía evitarlo. Esa era la forma como del «paisano» se hacía el «guacho»; esa era la manera de matrerear de aquel gaucho; y este es el gaucho de las confusiones con el clásico.

---

Nada escapa a la evolucion.

A medida que se poblaban las tierras del Plata, el Gaucho se localizaba, aquerenciándose al «pago» definitivo.

Inmune a la influencia de las cruzas que impurificaron su sangre límpida de autóctono, conquista emerjida a través del depuramiento sucesivo de varias ascendencias de nativos, llega el Gaucho a la segunda mitad del siglo pasado, sustraído a la dejeneracion biolójica y psicolójica por la superioridad atávica aborijen, que es ley inmutable de natura. Revela eso en su calidad de tipo inconfundible de nativo, enemigo sistemático del extranjero; en sus admirables condiciones de hombre temerario, sobrio, estoico; fanático del terron nativo y nostáljico del aduar prehistórico, que en su imajinacion se romantiza, y se condensa en los ritmos con que canta sus penas y alegrías, que son el eco lejano, secular, de aquella ascendencia; algo que no se explica pero que siente hondamente en el alma. Se romantiza en un fatalismo atávico, que le hace afrontar supuestos designios misteriosos o sortilejios de su estrella, con el dolor de ser y el desprecio del temor a dejar de ser.

Luce íntegra la indumentaria que para sí combinó su ascendiente indio; cambiarla, adulterarla, habría implicado la destruccion de los pendones de su gloria, porqué simboliza el ponçho la bandera de sus conviçciones naçionalistas;

su vincha la enseña de la raza orijinaria, con la que conserva despejada y pura su frente, donde la vision de la Patria colocará el ósculo de su reconocimiento si por ella ha caído. Va en el chiripá su propio sudario.

Por medio del «pago» llegó al Gaucho la *civilizacion*, que le proporcionó todo lo necesario para embrutecerlo y envilecerlo: policía, relijion y pulpería. Con todos luchó en desigual contienda, lo mismo que el «huachu» prehistórico luchó con aquella otra *civilizacion* que invadió *la cuenca de la plata*. No fué el Gaucho el que sacó la peor parte, pués usó en su defensa todas sus edificantes rebeldías, que cantaron los poetas y fantasearon los novelistas, iniciando la más tarde llamada «literatura gauchesca».

La evolución en los detalles de la indumentaria y las armas, fué obra del «pago», que le proporcionó telas falsas y chillonas, armas de fuego, facones inverosímiles, botas de zapatería, recados chapeados hasta el ridículo; cintos tachonados de monedas y discos; gachos diversos, e infinidad de abalorios que no es del caso enumerar. (13)

Este es el gaucho que han tomado de tipo de estudio los apolojistas y cronistas, comunicándonos sorprendentes descubrimientos, a base, como es de práctica, de exotismo puro. (14)

Con el último caudillo desaparecido, se retiraron a descansar los últimos gauchos, que la

paz, el trabajo y el orden absorbieron paulatinamente, o mejor dicho, apartaron o desviaron de las actividades guerreras, convirtiéndolos en «paisanos».

«Ya no hay gauchos» se dice hace medio siglo. La banda oriental del Plata probó lo contrario muchas veces; la occidental habría hecho lo mismo si se hubiera ofrecido. En el alma de cada criollo, de cada nacido en los países del Plata, hay un gaucho dormido, más o menos auténtico; y al decir «gaucho», no uso el epíteto despectivo de nuestros escritores de prosapia; no hago ironía, ni me refiero a los épicos «bárbaros» y «semibárbaros» de los partes de 1811; digo gaucho por lo que debe ser: patriotismo abnegado, rebeldías jenerosas y valor a toda prueba; herencia cívica a la que deben guardar profunda veneración las jeneraciones rioplatenses, conservando así el fuego sagrado de la Patria, en el que puedan hacer el sacrificio de sus deformes ídolos de ambiciones y personalismos, los elejidos para colaborar en la dirección de sus destinos.

---

# EL MONUMENTO AL GAUCHO

Absolutamente nada rememora en el Río de la Plata al Gaucho, procer de próceres. — El Gaucho es por sí solo un símbolo, lo que hace peligroso simbolizarlo. — ¿En qué época de su evolucion debe el bronce sorprender y consagrar la sujestiva figura del procer? — Exhortacion a los artistas que concurran al certamen del Monumento al Gaucho en Montevideo. — Faces de basamento.

La figura de más alto relieve en la conquista de las nacionalidades rioplatenses, no consiguió de ninguna de las jeneraciones que se han sucedido hasta esta fecha, ni el más modesto homenaje. Nada, absolutamente nada recuerda en los países del Plata al procer de próceres, al invicto Gaucho. Nada, absolutamente nada perpetúa su nombre, apesar de que con su esfuerzo él conquistó todo lo que lleva los nombres de otros.

Nuestra pobreza moral y espiritual, consecuencia de nuestra lamentable desorientacion nacionalista, no ha podido sujerirnos ese rasgo de justicia que la posteridad ha sancionado hace tiempo. Nada hay en toda la tierra Uruguaya y Arjentina, que recuerde al transeunte la memoria del Gaucho. En ninguna ciudad, en ningún pueblo existe alguna pobre obra edilicia o

escondida via que lleve su nombre, pero sí hay por todas partes, a cada paso, donde menos se sospecha, recordaciones exóticas, sancionadas en muchos casos por nuestro convencional impresionismo latino.

Un día, hace ya años, se insinuó en la banda occidental del Plata, pletórica de monumentos, la ereccion del que debió ser el primero y aún no ha sido el último: el monumento al Gaucho. Tarde era, muy tarde, pero muy lójico y justo en esa rejion donde nuestro ascendiente había perpetuado su nombre y su fama, inspirando la pluma de poetas y prosistas, con lo que consiguió mas actuacion en la paz que en la guerra.

Fué un amable proyecto, nada más.

Hoy se insinúa lo mismo en la banda oriental, de cuyas selvas y quebradas surjió el precursor del procer en la noche tenebrosa de nuestra prehistoria.

Si esta vez llega a ser un hecho, los manes charrúas harán perpetua guardia de honor al bronce que rememore a su glorioso descendiente. No importa que este acto de justicia venga tarde, si es tan amplio y tan grande que haga tanjible la leyenda.

El Gaucho!

Nada más fecundo y tentador que este tema, para aventurar la imajinacion en la acrobacia con que el simbolismo sustituye al sujeto, ma-

niobra que es conveniente evitar, pues produciría el mayor desencanto en el alma del pueblo, cuando buscando al heroe de su epopeya patria, allá en lo alto del monumento, solo distinga una cosa...algo...informe, raro, de «inconmensurable jenialidad simbólica», según la crítica profesional; algo que el pueblo aceptará en silencio por temor de ser irreverente a la memoria de su procer, pero protestando desde lo más íntimo por sustitucion semejante. Tal fué el desencanto del pueblo Arjentino al desfilar ante el Sarmiento de Rodin.

El Gaucho es por sí solo un símbolo, y no es posible sustituírlo con éxito. Obsérvese esta particularidad del Gaucho orijinario: toda su indumentaria es improvisada y de su exclusiva inventiva; vincha, chiripá, poncho, botas de potro, son suyos, él los ha fabricado para su uso; nadie los usó antes que él, iguales ni parecidos; ha visto que el enemigo va cubierto para ser más invulnerable a las armas, y por eso él también se cubrió, envolviéndose en cuatro palmos de tela india y dos trozos de piel de potro.

Pues bien, esa indumentaria simboliza para nosotros la jénesis de nuestra historia; es la orijinal armadura con que nuestro paladín afrontó la gloriosa empresa de conquistar nuestra libertad.

El Gaucho es la patria, porqué palpitó en su alma selvática y en su instinto indíjena an-

tes de comprenderla, asegurando con desinteresado sacrificio los primeros bloques de sus cimientos.

Es la bandera, porqué luchó denodado para que tuviera colores, y cuando los tuvo, la izó bien alto, y no permitió que jamás fuese arriada.

Es el escudo, que él ofreció abnegado en su desnudo pecho, antes de que ya fundada nuestra nacionalidad combináramos el que había de representarla.

El Gaucho es leyenda y es historia.

En los tiempos bíblicos habría sido un delegado de Jehová, para conducir los pueblos elejidos hacia el triunfo de las santas rebeliones; pero, aparecido siglos despues, Jehová arrojó sobre él los bárbaros de la Cruz, y él los derrotó a la luz resplandeciente del dios Sol todopoderoso.

El Gaucho es por sí solo un enorme símbolo.

¿En qué época de su evolucion debe el bronce sorprender y consagrar la sujestiva figura del procer?

En el momento histórico en que Artigas inicia la audaz cruzada para la conquista de una nueva nacion, y sin proclamarlos, atraídos por el instinto, se ve rodeado de centauros broncíneos. En la hora emocionante que en Asensio se congregaron otros guerreros iguales, al conjuro májico de la palabra «patria», por primera vez aclamada en el solar Charrúa.

De bronce eran y al bronce tienen indiscutibles derechos. Ellos levantaron el pedestal de la Patria; mas que un homenaje, pagamos una sagrada deuda con el que pretendemos ofrendarles.

Creo haber visto ese gaucho en los cuadros nacionales de Hequet, hace años. Lejos de la patria y con el tiempo muy medido para dar a luz este trabajo, no puedo asegurarlo, pero, sí recuerdo bien el Gaucho de Juan Manuel Blanes, que felizmente encuentro en un pequeño y deficiente fotograbado, que en reproducción ampliada acompaña a este capítulo.

La cabeza de ese gaucho es impecable y sujerente; la contextura física acertadísima; la indumentaria exacta; ésta, sin embargo, vamos a ratificarla:

La vincha, una cinta de tela india, un pañuelo no sería de su época, por lo tanto suprímase el pañuelo del cuello, que es posterior a este gaucho, pues es producto del «pago». La camisa arremangada y abierta en el pecho, es típica; apesar de ello, la supresion de esa prenda daría más belleza estatuaria, acercándonos más a la verdad histórica; ese tronco desnudo sería más americano, más puro: Chile le ha levantado estatua a Caupolicán, Méjico a Guatimozín; Estados Unidos, que conserva profunda veneracion por su raza autóctona, le ha erijido varios monumentos hermosos al Piel Roja; y este Gaucho es nuestro esforzado autóctono. Cinto, boleadoras (de dos), chiripá, bota de potro y

espuelas, son exactísimos. Lanza y caballo serían el ineludible complemento de la estatua que debe coronar el monumento, bien alto! muy alto! para que abarque el más lejano horizonte en el suelo por cuya libertad bregó incansable y jeneroso.

No son nunca menos importantes los menores detalles, que no es posible fijar en una lámina y no pueden descuidarse en una estatua. Voy a permitirme anotarlos: Facon primitivo, resto de espada o sable con tosco cabo de madera. Una espuela lejítima, chica, emblema del invasor vencido; la otra, una pua indíjena, emblema del vencedor. La tacuara con moharra ganada al enemigo. El cinto en su período de tiento-cinturon, por botones un par de monedas agujereadas. El caballo en pelo; con una jerga y cincha de tiento, tambien podría aceptarse. (*)

En las faces del basamento corresponde simbolizar la actuacion y evolucion del procer, y aquí estará bien aplicado el simbolismo sin perjuicio de la verdad histórica.

Remóntese el artista a la oscuridad de nuestra prehistoria, y observe la aparicion nimbada de los «huachus», apenas equipados con vincha, chipé, envolturas-botines de cuero, flechas y boleadoras. Van unos rastreando las huellas del

(*) Debí presentar estos y otros datos en láminas, pero la premura del tiempo y la falta de dibujantes del jénero, en la localidad en que resido, malograron mis deseos.

invasor; otros, con el oído pegado al suelo, se informan de todo lo referente al enemigo, mediante el misterioso teléfono que la Naturaleza esconde para ellos únicamente.

Transpórtese a otra etapa y vea los «huachos» ya jinetes admirables, en pelo, y lanceros temibles. Su equipo ha cambiado poco: el chipé es ahora un chiripá corto, de tela india; algunos llevan un ponchito muy reducido; se les ve también un cuchillo o trozo de sable o de espada en la cintura, a la espalda, bajo el tiento que les sirve de cinturon.

Pase a otra época. Hé ahí los Gauchos. Están en el caos de su evolucion. Contemple esa montonera en que solo las cabezas son todas iguales, descubiertas, bronceíneas y vinchadas, pero diversa e incompleta la indumentaria, particularidad de los procesos evolutivos, que tienen un momento en que la adopcion es confusa e inmediata, y la sancion tardía. Esta vez el equipo es, en resumen: vinchas de cinta india o de tela cualquiera; camisas arremangadas y abiertas en el pecho; ponchos cortos; chiripáes cortos y normales; cintos o tiento-cinturones; calzoncillos; botas de potro; espuelas lejítimas e improvisadas; boleadoras, lanza, facon; algunas jergas en algunos caballos. Ni uno solo de esos gauchos luce ese equipo completo; a todos les falta de él varias cosas; cada uno tiene lo que

ha podido obtener en su botin de guerra, único proveedor del Gaucho, y que solía cobrar muy caro sus chucherías. (15)

La etapa siguiente nos toca muy de cerca. La patria ya está hecha; la estamos «organizando» con el consiguiente irremediable choque de pasiones y ambiciones, que se traducen en sangrientos encuentros entre hermanos. El caudillaje ordena, el Gaucho obedece, leal, valiente y audaz, que no ha perdido esas virtudes de orijen, aunque ha cambiado su aspecto fisonómico, pues se ven algunas pobladas barbas y melenas. El «pago», instituído por la *civilizacion* y el *progreso*, está ya en ejercicio de sus funciones, motivo por el cual la vestimenta y las armas son ahora más uniformes en casí todos estos hombres: Sombrero gacho, de alas no muy anchas, que exhibe la divisa del ejército o caudillo a quien se sirve; por eso la cinta india ha huído de su frente y es sustituída por un pañuelo; otro pañuelo al cuello, unas veces como enseña de guerra y en jeneral por costumbre; camisa; poncho largo y pesado; cinto tachonado de monedas conforme a las que ha podido conseguir su dueño; chiripá largo; calzoncillos; botas de potro o botas cortas de zapatería, de confeccion tosca; espuelas grandes, nó «chilenas». Sus armas las clásicas, con el agregado de alguna de fuego, de las más antiguas y de menor precisión, proporcionadas por el «pago». (16)

Y, por fin: La paz consolidada termina con la mision secular del Gaucho, mas no puede la Patria prescindir de él, y lo incorpora a la defensa de la riqueza nacional, que en los paises rioplatenses ha dependido siempre del cuidado y cultivo de sus campos; pero como el Gaucho era guerrero, y era libre por su cuna y por su instinto, al acatar la disimulada esclavitud del trabajo, se dejó absorber por la paz. Por eso el artista contemplará ese fogon campero rodeado de «paisanos» (ya no son gauchos), entre los que se ve algun lazo, tijera de esquilar, etc., emblemas del trabajo; es un momento de descanso; todos están como en éxtasis oyendo a un cantor acompañado de guitarra, que hace vagar sobre el grupo extrañas reminiscencias, emanadas de la sentida endecha a las proezas del Gaucho lejendario, con notas nativas que se apoderan del corazón de esos hombres, enorgulleciéndolos del terron patrio, que riegan con prolífico sudor, así como antes lo regaron con sangre jenerosa sus ascendientes.

Y sea el proyectado monumento, la apoteosis mas digna, mas justa y mas grande de la ilustre estirpe Gaucha!

## LA LITERATURA GAUCHESCA

Gaucho y «paisano». — Una sustitucion tendenciosa. — Se confunde lo «criollo» con lo «gauchesco». — La llamada «literatura gauchesca». — Lo inverosímil y lo inexacto.

«Gaucho» es en el Río de la Plata sinónimo exacto de «guerrero»; nuestro clásico guerrero; nuestro caballero armado. La paz y el trabajo lo apartaron de sus actividades bélicas; lo transformaron con las dificultades morales inherentes a todo hombre de cuna libre; pero sabía hacer uso de cierta característica docilidad cuando del bien común se trataba; y, paulatinamente, el «paisano» sustituyó al «gaucho».

Es entonces que las autoridades taimadas y los latifundistas, aprovecharon la fama de soldado temible de nuestro ex-guerrero, para hacer de la palabra «gaucho» sinónimo de «bandido», y llamar, en consecuencia, «gauchos» a cuatreros, ladrones y asesinos que atentaban contra sus vidas e intereses; esos sujetos aceptaron el calificativo para inspirar más temor, y sin discusion ha estado usándose hasta nuestros días, y ha

sido muy explotado por la llamada «literatura gauchesca».

Quedamos, pués, en que el «paisano» sustituyó al «gaucho», y tan radicalmente, que solo «paisano» alzado se convertía en «gaucho». Esto era común en aquellos tiempos, como queda dicho en anterior capítulo: la autoridad molestaba a los paisanos más laboriosos y más honrados, por venganzas políticas o por robarles; hasta que cansado y acorralado, caía por fin un día «en desgracia» y huía a vivir como matrero, se convertía en «gaucho», soldado temerario de su propia causa. Y es este «gaucho», definitivamente, el inconmensurable protagonista de los poetas del pueblo, y con particularidad de los prosistas.

En aquellas producciones en que el paisano alzado no sirve de motivo, se ha tomado, como de costumbre, la indumentaria por el sujeto, y se ha convertido en perfecto «gaucho» al «paisano» laborante o andariego.

Llamamos tambien «criollo» a ese «paisano», y al llamarlo así nos parece darle la representacion mas jenuina del Gaucho, por su indumentaria, por sus condiciones morales y sus medios de vida, en los que luce modalidades típicas, todo lo cual nos da la sensacion de la tradicion, pero no nos da el Gaucho. Eso explica que, con todo acierto, digamos actualmente «poesía criolla», «costumbres criollas», «criollos de ley»,

etc. Y es conveniente no confundir este criollismo con el de la ciudad, que es simplemente «orillerismo».

En Montevideo se editaron los únicos representantes más caracterizados que en la prensa del Plata tuvo la «literatura gauchesca». Fueron dos periódicos semanales: «El Ombú», de corta vida, fundado por el poeta Orosmán Moratorio, y «El Fogon», de larga existencia, desaparecido después de la muerte de su fundador el poeta criollo Alcides De-María. Ambas hojas guardaban cariñoso culto a la tradicion gaucha, y sin embargo se titulaban «periódicos criollos»; sus composiciones eran «criollas», sus colaboradores «escritores criollos».

Todavía hay en el Plata quien cultiva el cuento en los periódicos y revistas, en que actúan gauchos o paisanos, según sea la época de la accion, y estos escritores llaman a sus producciones «cuentos criollos» y no «gauchescos».

Con el título de «literatura gauchesca» se ha querido designar lo clásico en el jénero. Toda ella es obra exclusiva de puebleros, y se cultivó con éxito solamente en Buenos Aires.

Se inicia mas o menos en 1825, con Hidalgo, pero algunos cronistas le dan fecha anterior, aplicándole el *descubrimiento* a alguien que lustros antes le hizo versos «al labrador», «al campo», «al hombre del campo», «a los pastores», etc., cayendo esos historiadores en el error

ya citado, de que siendo el Gaucho orijinario y habitante del campo, toda composicion bucólica nuestra tiene que ser gauchesca.

Esta «literatura», descuidada, librada al capricho y criterio fantaseador de la mayoría de sus cultivadores, contribuyó a popularizar situaciones, frases y datos inexactos. El error fundamental, claramente demostrado, de sustituír al gaucho con el paisano, es luego causa obligada de otros errores, que toma y propaga la «literatura criolla» del suburbio, y lleva el jénero a las más bajas esferas del disparate y el compadraje.

La «literatura gauchesca» ha hecho actuar al Gaucho en épocas en que todavía su existencia no era conocida.

Lo ha hecho orijinario y contínuo viandante de la pampa, terreno que se guardó muy bien de pisar, solo y en montonera, pués soldado o alzado, lójicamente su vida era de emboscada o de ocultacion, y eso estaba en pugna con la pampa.

En fin: Cronistas contemporaneos, han elucubrado largamente y con sorprendente minuciosidad, estudiando la «poesía gauchesca» como obra escrita por el mismo Gaucho, cuando todos sabemos perfectamente que fué el pasatiempo de un reducido número de nativos puebleros, desde Hidalgo hasta Hernandez, que ninguno de ellos era ni siquiera «paisano», y que de sus protagonistas el más gaucho es el de Hernandez.

He creído necesaria esta disgresion final como complemento de este trabajo. El asunto se presta a un largo y curioso capítulo, pero no es opórtuno ser más extenso; creo suficiente lo expuesto para prevenir sobre la inconsistencia de la llamada «literatura gauchesca», como elemento informativo o de orientacion en el orijen y evolucion del Gaucho.

---



# NOTAS COMPLEMENTARIAS

(1)

## LA PALABRA «GAUCHO»

Adopté anteriormente, como más razonable y lójica, la etimolojía que el profesor Abeille, de Buenos Aires, le había encontrado al vocablo «gaucho». No traté esa vez lo referente a este nuestro ascendiente, con la dedicacion necesaria para dar un trabajo mas completo; tampoco lo exijía el momento o las circunstancias que me indujeron a tales divagaciones,

El profesor Abeille ha supuesto, por ser inveterado y corriente, que el Gaucho ha surjido de la pampa, version inventada y propagada segun queda ya explicado. Siendo así, la etimolojía que presentaba parecía muy aceptable. No me llamó la atencion, entonces, tan fundamental detalle; mi obsesion era que el primer gaucho fué indio, y no se me ocurrió preguntarme de donde salió aquel indio.

Esta vez, obligado a investigarlo, doy con sus toldos, y en ellos encuentro la jestacion del

Gaucho, por lo que veo es inaplicable la etimolojía de Abeille.

Según esta, «gaucho» es un derivado del vocablo araucano «cathú» o «cachú» (amigo, camarada), que por proceso fonético muy admisible llega a transformarse en «gaucho»; pero he visto que eso puede tomarse únicamente como una coincidencia:

1.º Porque los araucanos, pampas, etc., conocieron recién al gaucho en las guarniciones de los poblados, cuando ellos daban malones, y en esa época ya aquel estaba muy acriollado y localizado, y de largos años bautizado con el sujerente vocablo.

2.º Porque «cathú» o «cachú» no lo han usado los araucanos en su lenguaje, sinó una tribu araucana, los Pehuenches, que cita Abeille, y éstos hablaban un dialecto araucano; ha sido tribu sin actuacion que merezca mencionarse, y no alcanzó a conocer al gaucho. Los Ranqueles, que dicen fueron una rama de los Pehuenches, lo conocieron también en los malones, mas de lo que hubieran deseado.

Sin embargo, el mismo Abeille, en un pequeño cuadro de palabras quichuas y araucanas, que anota para indicar los cambios que sufren los vocablos al pasar de la fonética indíjena a la rioplatense, deja deslizar este renglón:

«*Huachu* (guaraní) Guacho»,

sin sospechar que en él ofrecía la etimolojía sencilla y única probable de la palabra «gaucho».

En los diferentes idiomas sudamericanos existen palabras mas o menos parecidas, y con parecidos significados, por ejemplo:

En Araucano — *Huachú:* hijo sin padres conocidos; animales mansos o domesticados.—*Huacho:* huevo de avestruz encontrado solo, único; (probablemente lo mismo de cualquier ave).

En Aimará — *Huajcha:* huérfano.

En Quichua — *Huaccha:* pobre; huérfano.

Esto sucede con frecuencia en vocablos de las lenguas sudamericanas; mantienen entre sí mucha analojía, lo que hace suponer que han tenido su orijen en una misma fuente precolombiana. De allí la causa que hoy produce confusiones y complicaciones al investigar etimolojías.

Suele citarse la acepcion «gauderio», haciéndole al vocablo «gaucho» el poco favor de ser un derivado de aquella. «Gauderio» es la palabra con que el invasor designaba a los atorrantes, ni mas ni menos: mestizos o *civilizadores* que habían resuelto, unos el problema de la *patria* y otros el de la *América*, haciéndose los locos o bohemios, para vivir a costa de los sonsos que con ellos se divertían, pues, los tales «gauderios» vagaban fuera de los poblados, para evitar la tentacion de que los ocuparan en

algo, cantando y canchando graciosamente por los fogones; y eso bastó para que alguien los honrara con la paternidad del Gaucho, para coincidir con la tenaz conspiracion sostenida en su contra, pretendiendo hacerlo por fuerza cantor, poeta lloron y bohemio.

---

## LA LEALTAD GAUCHA

Un coronel, que después de ser soldado de Artigas, pasó a hombre de confianza del caudillo entrerriano Ramirez, enemigo del procer cuando la suerte le fué adversa, ha escrito unas Memorias en las que al referirse a Artigas en marcha hacia su destierro, anota:

«Era tal el prestijio de este hombre, que «apesar de sus contínuas derrotas, en su tránsito por Corrientes y Misiones salían los indios «a pedirle la bendicion, y seguían con sus familias e hijos en procesion detrás de él, abandonando sus hogares.»

«En Abalos escapó Artigas con 12 hombres; «cesó Ramirez de perseguirlo porque ignoraba «su direccion, y no se le creía capaz de hacer «resistencia. Y, a los ocho días, supimos que «había reunido mas de 900 hombres y estaba «sitiando el Cambay...»

---

# PROCEDENCIA Y ACTUACION

### Anotaciones que contribuyen a circunscribir la del Gaucho

En la banda occidental del Plata, las autoridades allí instaladas y en cuyas manos estaban a la sazon los destinos de las tierras platenses, llamaban «bárbaros» y «semibárbaros» en los partes de 1811-12, a las lejiones de naturales que en franca rebelion luchaban por la libertad en la banda oriental.

Esos calificativos tienen un significado y definicion que nos interesa. Por lo jeneral iban juntos: «elementos bárbaros y semibárbaros». Eran «bárbaros» los indios-gauchos desnudos, apenas con el «chipá» primitivo; y eran «semibárbaros» los indios-gauchos más vestidos, con menos desnudeces; que la *civilizacion*, entonces como ahora, se deducía por las ropas. Tan indios y tan gauchos eran los unos como los otros, y en cuanto a lo de *bárbaro*, las autoridades de

entonces y los cronistas históricos, olvidaron que esos naturales nada tenían que envidiarle al bárbaro invasor, apesar de que vestía con el hierro, la malla y las telas que ordenaba la moda.

Es en esta época que Artigas se separa de Rondeau y resuelve hacer solo la campaña contra el detentador de su suelo. Reune en las selvas de Ayuí, en pocos días, 14.000 hombres, y dice un cronista contemporáneo: «Mal armados, sin rastro de organizacion ni cosa que se «pareciera, y obedientes tan solo a la voz y al «jesto duro de su jefe. Estos hombres, mas que «un ejército, constituían algo así como un aduar «beduino. Las frecuentes arremetidas de tal tri«bu.....»

No cabe duda de que eran los indios-gauchos; el mismo tono despectivo con que fueron tratados lo prueba, si no bastara la elocuencia del párrafo transcrito.

Mas tarde, en 1814-15, en partes y crónicas no se deslizaban ya con tanta frecuencia aquellos calificativos, que habían sido sustituidos por «gauchos» y «gauchaje». El sujeto, pues, se definía, y siempre en la banda oriental. Artigas y otros jefes, fieles al atavismo charrúa, rechazan órdenes del Triunvirato y se alejan con sus hombres; se dijo entonces que «se habían alzado con su gauchaje».

En los ejércitos occidentales que lucharon por la libertad, uniformados, disciplinados y or-

ganizados, con jefes ciudadanos, europeizados algunos de ellos, el gaucho tenía ubicacion, mas nó entidad de soldado; el indio jamás cedió su concurso, por el contrario, los hostilizaba si podía. Los partes que nos han hecho conocer los historiadores, citan: «milicianos», «hombres», «soldados», «patriotas», «infantes» .... Despues de la Libertad: «coraceros de», «blandengues de», «granaderos de» «patricios», «dragones», «húsares» .....El gaucho no entraba en esas listas, como Martin Fierro en la de los pagos.

En Salta, en 1812, Belgrano, jeneroso y abnegado jefe, que había llegado con sus tropas en malas condiciones, y que tenía la heróica mision de batir a un enemigo mucho más poderoso, se lamentaba en esta forma de la indiferencia con que habían sido recibidos los soldados de la Patria: «El ejército no está en país «amigo; no hay una sola demostracion que me «lo indique; no se nota un solo hombre que se «una a él, no digo para servirlo, ni aun para «ayudarle; se nos trata como a verdaderos ene- «migos....»

Un solo gaucho que hubiese habido, se habría presentado incondicionalmente, franco y resuelto.

Por extraña coincidencia, es en Salta donde años después Güemes da a sus milicianos el título de guerra de «Gauchos».

Un cronista salteño describe con lujo de detalles, los habitantes del Norte arjentino en los primeros años de la Patria, (los habitantes de las selvas, llanos y altiplanices); son aboríjenes, salvo un curioso «pastor salteño de la época colonial, descendiente de los *conquistadores*, con muy poca mezcla de sangre indíjena». Gauchos no hay, puesto que no los cita. Pero más adelante, en el transcurso de su larga relacion, dice que los indios del Norte aborrecían a los llamados *gauchos*, cuando apareció por allá esa denominacion.

En todo Chile y en todo el interior de la Arjentina, al campero, sea como sea, manso o bravo, vago o trabajador, vivo o sonso, se le llama hasta el presente: «guaso» (de «huaso»), pero cuando se quiere calificar a ese campero de bandido o vicioso, de ladron o asesino, se le llama «gaucho» (en Chile nó, siempre es «huaso»).

Eso prueba que ha perdurado allí hasta nuestros días la fama que hace mas de un siglo consagró al Gaucho como terror del enemigo, o mas claro: como «bárbaro» en vecinas tierras. Prueba que el Gaucho antes de la Patria tuvo en el interior occidental más actuacion de leyenda que de soldado. Después de la Patria, al amparo de las sujestiones populares de la propia leyenda, evolucionado o improvisado, da caracter a las patriadas civiles y conquista su fama en los cantos del pueblo.

Solo Güemes, en 1816, no encontró deshonroso llamar «gauchos» a sus milicianos, entusiasmado en su sinceridad de valeroso nativo, con las noticias sobre las proezas de las lejiones de Artigas, con quien en ese entonces estaba en correspondencia.

Tales proezas tenían ya en esa época mas veracidad de la que fuera dado sospechar. Un comisionado de Estados Unidos en la banda oriental del Plata, decía a su gobierno en un parte oficial: «Los gauchos de Montevideo son «los más formidables guerrilleros que jamás han «existido; que los hechos que de ellos se relatan «exceden a los que se cuentan de los escitas, de «los parthos o de los cosacos del Don.»

Los guaraníes del Norte (Paraguay), amansados y sujestionados hasta la militarizacion, para uso del «seráfico» Francisco Solano y sus huestes, y para utilidad y defensa de la factoría jesuítica de Misiones, no usaron para nada el vocablo «gaucho».

---

## CARACTERISTICAS INDIJENAS

Disparidad absoluta entre occidentales de tierra adentro y orientales

En las apartadas tierras de pampas, araucanos y ranqueles, tribus poderosas y aguerridas, se recibió al invasor, que solo por equivocacion anduvo cerca de ellas, con una flecha en cada mano, no dejándole ánimo para repetir la visita. Ninguna de esas tribus abandonó su territorio; nadie pudo obligarlas a hacerlo, por lo distante que estaban de las rejiones donde el invasor poblaba, y donde mas tarde los criollos preparaban la conquista de su emancipacion.

Enconadas contra los intrusos y los mestizos, de quienes lo poco que conocían eran perversidades para con ellas, resolvieron un día caer como tromba arrasante sobre los poblados de los propios nativos, exterminando a sus habitantes, saqueando las viviendas y esclavizando las mujeres y los niños.

La espeluznante irrupcion se convirtió en costumbre, y se llamaron «malones». Esta fué la única empresa patriótica de aquellos indios, que nunca obedecieron a otros jefes que los de su propia raza,

Los gobiernos trataron con ellos, de potencia a potencia, pagaron diezmos y acordaron condiciones mútuas.

La misma tenacidad inquebrantable que los naturales orientales pusieron al servicio de la Libertad, el mismo valor, igual sacrificio desplegaron los occidentales de tierra adentro, para perseguir y exterminar a todos los que no fuesen de su raza. Como el irreductible Charrúa, si bien en empresa muy diferente, no cedieron jamás y prefirieron sucumbir luchando.

De ellos dice un cronista reciente: «El indio, «bravo y persistente para la lucha, no aceptó «en ningún momento la paz que se le ofrecía «con ventajas innegables, en los últimos tiempos «de su terrible resistencia, allá por los años de «1881, 82, 83 y 84, cuando ya estaba definiti«vamente perdido.»

Un parte oficial de 1883, contiene estas elocuentes palabras: «Los indios se baten con coraje y desesperacion.»

En el centro y en el Norte, las tribus mansas fueron ineficaces; las ariscas y aguerridas se internaron en las selvas, defendiéndose enérjicamente si las molestaban, siendo notable la actuacion guerrera de calchaquíes y chaqueños. Pero ninguna ayudó al hombre blanco, invasor o criollo, pues a todos por igual los odiaba profundamente.

En el litoral, en la banda occidental del Uruguay, los indios guaraníes que allí poblaban, apesar de no haber ofrecido resistencia digna de mencion al invasor, ayudaron cuanto les fué posible a las montoneras de la patria futura, estimulados por sus hermanos charrúas; y sus mas esforzados hombres de pelea fueron indios-gauchos.

---

## SOBRE EL «CHIRIPÁ»

En el Quichua antiguo parece que existía el vocablo «chilípa» o «chirípa», que significaba «para el frio». Esto no es mas que una de tantas coincidencias, pues el chiripá era prenda de toda estacion y no solamente *para el frio*, mucho menos tratándose del indio, a quien poco le interesaban los cambios atmosféricos, puesto que no los temía, y ¡valiente frio iba a evitarse con unos palmos de tela en las verijas! Además, el indio quichua no usó esa prenda.

Apesar de haberse citado esa acepcion como la mas aplicable, se ha hecho la salvedad de que su actual acento agudo (chiripá) lo tomó del Guaraní; naturalmente, puesto que de allí surjió la misma prenda, con nombre y todo.

Todavía hoy, por tierras que fueron de quichuas y por las de Cuyo o andinas, se dice «chirípa», con àcento llano.

El indio occidental del interior no usó esa prenda, y a sus taparrabos, mantas o quillangos nunca les aplicó ese nombre. Tampoco la usaron los mestizos paisanos de la campaña arjentina. Sarmiento dice que ni en 1831 se conocía el chiripá entre ellos, refiriéndose a las provincias andinas y centrales. Sin embargo ya lo usaban los gauchos occidentales del Uruguay, que fueron los que lo trasmitieron al gauchaje que iba ingresando y formándose en las montoneras arjentinas de tierra adentro.

## LA BOTA DE POTRO

Entre los charrúas el uso de cuero en los pies es prehistórico (permítaseme esta frase en el sentido que la estoy usando: antes de nuestra historia). Llevaban una envoltura corta, dicen crónicas; parece que una especie de botines, pero sin suela; envolturas, como el pie de la bota de potro.

Ningún cronista de aquella época ha tenido la elemental atencion de trasmitirnos el nombre que el indíjena daba a su calzado; «se cubrían los pies con un trozo de cuero, semejando una bota corta»; es lo único que nos han dejado en sus confusas relaciones.

Es cosa segura que siempre se acudió al cuero vacuno, por lo mucho que abundaba; y que este calzado comenzó en envoltura, asegurada con tientos. Y mientras fué así no pudo llamarse «bota», ni «de potro», porque no era ninguna de ambas cosas.

El indio-gaucho dió proporciones de bota a la precitada envoltura, por así exijirlo su profesion de guerrero y su condicion de nómade. Posiblemente un día buscó la forma de que esa bota fuese mas cerrada, mas entera y mas fuerte; su vida de emboscado no le permitía disponer facilmente de donde procurarse cuero: Un caballo muerto, el propio, seguramente, caido en la refriega, su compañero inseparable y fiel, le proporciona el primer par de botas enterizas, que ligadas a la pierna en su parte superior, resultaron una cubierta ideal, de la que ha debido sentirse orgulloso, aparte el homenaje que con ello hacía al potro que le acompañó en sus triunfos y le salvó en las derrotas.

En 1785, un bando de las autoridades de Montevideo prohibe la matanza de vacas y terneras para hacer botas con sus cueros, costumbre que habían aprendido de los indios aquellos indijentes campesinos *civilizados;* y ordenaba el bando que las botas se hiciesen de cuero de yegua. En esa época las tales botas se llamaban «de vaca» o «de ternera» y se desconocían las «de potro».

Veintiseis años después, las lejiones de Artigas, las de Asensio, los indios de Rivera, dan entidad a la bota de potro, que muchos de ellos aparecieron calzando. La cualidad, forma y procedencia, interesan la curiosidad de todos y consagran su uso y su nombre.

El contacto del Charrúa con sus hermanos de la otra banda del Uruguay, hacia indudable que allí se hubiese adoptado la bota de potro, pero no así en el interior arjentino, donde el indio y el campesino usaban «ojotas» o «usutas» (sandalias), y todavía las usan hoy los indios y sus descendientes, y los criollos nacidos y criados en las sierras. Quizá en esas rejiones no adoptaron calzado por desprecio al mestizo, que fué el que les hizo conocer la bota de potro.

Los indios del Sud usaron botas de vacuno, debido al clima, y sin mas indicacion que la del instinto o necesidad de defenderse de las impiedades del tiempo.

«Bota de potro» no tiene etimolojía posible; se ignora como la llamó el indio. Su forma y el cuero con que estaba confeccionada fueron padrinos de su bautismo, y prueba de que interesó la atencion al aparecer. En el idioma del invasor fué llamada por lo que era: «bota de potro»; el Gaucho se inmortalizó calzándolas, y eso es todo; solo nos resta citarlas con curiosidad y cariño.

---

No nos han anotado los cronistas que trajo la invasion al Plata, los nombres que el Charrúa daba a sus botas, boleadoras, flechas, etc.,

de lo que se deduce que el invasor, a aquellos objetos indíjenas iguales o parecidos a los que él usaba, los designaba con el mismo vocablo con que designaba los suyos, y tan solo se informaba del nombre de aquellos que por primera vez veía; y de éstos, nos ha dejado denominaciones y etimolojías tan defectuosas, que demuestran la falta de observacion y de conocimientos jenerales de sus oficiosos cronistas.

---

# EL PONCHO

Unos frailes noticieros de la época, ocupándose de los guaraníes, que dicen iban en su mayoría perfectamente desnudos, al referirse a la tribu Charrúa anotan: «Algunos llevaban una especie de camiseta sin mangas». Ni mas ni menos que el precursor del famoso poncho!

Nada de extraño que aquella especie de grotesca casulla rabona, les haya parecido «camiseta sin mangas», que mayores equivocaciones que esa nos han trasmitido.

Muy bien ha podido suceder que los tales «algunos» hubiesen cosido las orillas del rudimentario ponchito, una con otra, a los costados, dejándolo precisamente como «camiseta sin mangas»; y ha podido ser estímulo para esa costura, lo molesto que resultaba a caballo, juguete del viento, chicoteando al jinete.

El charrúa-gaucho hizo su «camiseta sin mangas» de la tela mas pesada que cayó en

sus manos, buscando la mayor estabilidad de esa prenda sobre el cuerpo.

La evolucion alargó el poncho paulatinamente, y llegó a usarse muy largo, hasta mas abajo de las rodillas, cubriendo todo el cuerpo y los brazos, y parte del caballo cuando se montaba.

El vocablo «poncho» es indíjena. Se cree que es del araucano «pontho», que se pronuncia «poncho», y se refiere a una manta igual o parecida.

En idioma Mapoche dicen que existe la misma palabra con igual designacion.

No sabemos como se llamó en su orijen, en Guaraní. Es de suponer que su rápida difusion, por lo cómodo y util que era, y la especial dedicacion que en fabricarlos pusieron las tribus de tierras arjentinas, en su mayoría buenas tejedoras, pudo muy bien depararle su bautismo araucano, pues todo el litoral se surtía de los ponchos que enviaban los indios del interior arjentino.

---

## FACON Y LANZA

El cuchillo no pudo evolucionar, porqué desde su adopcion fué lójicamente de las mas variadas e imprevistas formas, desde el vulgar chafalote al espadín o daga con cincelados e incrustaciones, pues la calidad de esta arma dependía de la del sujeto que sin ella se quedaba. Se prefirieron siempre las hojas más largas, puesto que el enemigo no las usaba cortas.

El Gaucho era ya muy habil en su manejo cuando con él apareció en las contiendas contra el portugues. Este invasor tenía terror a los gauchos en los entreveros, no dejó, pues, de llamar seriamente su atencion el descomunal cuchillo que esgrimía.

Obsérvese que se dice «cuchillo», por mas que ha podido ser una daga, un trozo de sable o de espada, o un machete, con empuñadura injeniada por su dueño. Un sencillo detalle hacíalo llamar «cuchillo»: la forma como se llevaba,

en la cintura y bajo el tiento-cinturon, que es la única manera de cargar cuchillo.

El portugues ha comentado el caso en sus fogones, asegurando que para «faca» (cuchillo) era demasiado grande, y le llamaron en superlativo, «facão» (cuchillon), que pronunciado suena «facó»; y el criollo, que hace sus aumentativos con ene final, se la agregó con el uso, y dijo «facon»; hasta la fecha. Le había caido en gracia el vocablo por el temor que infundía al portugues, y su continua repeticion lo consagró, dándole ingreso en nuestro lenguaje nacional.

En aquellos heroicos tiempos, costumbres y modismos se trasmitían rápidamente de una banda a la otra del Uruguay, de la oriental a la occidental. Era la primera, escenario perenne de guerras y correrías, en las que casi siempre los occidentales tenían su parte activa, lo que les daba la oportunidad de recojer en los fogones, versiones, costumbres y vocablos que despues propagaban en su banda, y de allí volaban tierra adentro.

Es mediante estas circunstancias que palabras y modismos portugueses, y mas tarde brasileros y orientales, se difundieran por tierra Arjentina, y tanto, que existen hoy mismo vocablos tan arraigados que se creen propios.

Así corrió «facon» al occidente. El gaucho arjentino del interior le llamaba, sin embargo, «cuchillo»; así le llaman tambien sus apolo-

jistas hasta muy cerca de nuestros tiempos. Los escritores y poetas criollos en la Arjentina, facilmente le dan a «facon» el sinónimo de «cuchillo».

En las bandas del Uruguay, desde que se le dijo «facon» no se le llamó de otro modo; solo se le titulaba «cuchillo» cuando por su forma lo era, y aun apesar de ello, con preferencia a «cuchillo» se le llamaba «chafalote». (Del árabe «chafarote»; trasmitido por el godo. Cuchillo grande y ancho, tambien llamado «de monte»).

El «pago» fué después el que impuso modelos de facones fabricados expresamente, conservando cierta característica entre daga y machete. El gaucho y el paisano elejían y pagaban; ya no era botin de guerra, si bien siempre era botin, pero para el pulpero.

La lanza del Gaucho no fué inspirada por el invasor, que tambien usaba esa arma; suposicion invariablemente estereotipada en toda noticia sobre cosas de nuestros ascendientes autóctonos. Era obra del indíjena, y tan superior a la del invasor, que no le convino cambiarla por la de aquél, cuando en los trofeos de la lucha se la dejaba.

Desde la jesta prehistórica eran tacuaras, insuperables cañas largas y flexibles, de sorpren-

dente resistencia, con que la Naturaleza obsequió al indio. La moharra de piedra o de especial madera, como las puntas de sus flechas; pero las sustituyó despues por las de acero que tomaba al invasor.

La lanza india era siempre muy larga, y lo fueron excepcionalmente las de las tribus maloneras que lucharon con los ejércitos arjentinos disputándose el desierto. Esto podría parecer un obstáculo para su manejo, que además de largas eran pesadas; no obstante, el indíjena la usaba con toda desenvoltura y hacía con ella lo increible.

El gaucho de las montoneras heredó del indio lanza y habilidad. Alzado a la voz de los caudillos, sin parque ni pertrechos, acudía a las tacuaras, y con media tijera de esquilar de moharra, se encontraba mas armado y con mas confianza, que un caballero-acorazado de la Edad Media.

«Tacuara» es vocablo guaraní, que designa la caña y por continuidad el arma. En consecuencia esta lanza es charrúa, y llevada por el Gaucho al occidente, la conocieron y adoptaron las tribus guerreras, que si bien usaban lanza ya, no la llamarían en guaraní, «tacuara», como la llamaron despues.

## LAS BOLEADORAS

De la actuación romana del precursor Charrúa

El «huachu» usó flechas puesto que con ellas había salido de sus toldos. Guerrero pedestre entonces, viviendo de emboscada, no tenía otra arma arrojadiza de que valerse, para herir sin ser visto.

Cuando tuvo caballo, las flechas comenzaron a estorbarle; encontró mas eficaz arrojarse con su lanza contra el enemigo. Se revelan en él sus injénitas cualidades de temerario, en lo que influye singularmeute las tradiciones de la raza, que enseñaban a no temer a la muerte.

Trajo también de sus toldos, el «huachu», unas piedras que él se fabricaba; mas o menos esféricas, del tamaño aproximado de una naranja, con un desgaste en derredor para poder atar un tiento, también de su fabricacion, evitando que se escapara la piedra; dicho tiento tendría un metro de lonjitud. Las ataba de a dos uniendo los tientos por sus extremos y agregándoles

luego un lazo corto. Era así un aparato arrojadizo que usaba para cazar; lo arrojaba con admirable destreza entre las patas, en las que se enredaban volteando al animal, que ya no podía huir.

También era arma de pelea, por cierto temible en sus manos; en los cuerpo a cuerpo se envolvía el lazo en la muñeca, quedando los dos ramales con las dos piedras libres para revolear sobre la cabeza del enemigo, repartiendo con suma habilidad furibundos golpes, cuando nó mortales, suficientes para aturdirlo y ultimarlo luego; a la distancia, las arrojaba con raro acierto, estropeando casi siempre al enemigo; deteniéndolo si huía. Las llevaba envueltas en la cintura, colgando ambas piedras sobre el muslo.

Cuando el «huachu» fué jinete no abandonó esa arma neolítica, casi siempre fatal para el contrario. El Gaucho la usaba menos, pero las llevó siempre consigo, y las reforzó más porqué las forró de cuero.

Estas piedras-bolas indíjenas las llamó el invasor por lo que vió: «bolas de piedra», pero nos hemos quedado sin saber como le llamarían los naturales,

Muchos años después se llamaron «boleadoras», así designadas por el gaucho evolucionado, tomando el derivado del verbo «bolear», de su invencion; y todavía se llaman así. Este gaucho, disponiendo de mas elementos de fabri-

cacion, las hizo de diferentes materiales; confeccionó una de tres ramales que llamó «las tres Marías», y fué habil en su manejo, en la caza y en la guerra.

---

Dice un comentarista arjentino, que las boleadoras las usaron «primero los charrúas, pampas y araucanos en jeneral».

El Charrúa fué un pueblo ejemplar para las naciones indíjenas que poblaban el Sud; desde Bolivia y Paraguay hasta tierra de Tehuelches; desde su península hasta los Andes. Sus hechos y conquistas se comentaban con intensa emocion en las solemnes juntas de caciques y capitanes de las mas lejanas tolderías; que como todos los pueblos primitivos, veneraban y admiraban el valor y la audacia, y estimulaban sus enerjías y su espíritu en los ejemplos que hasta ellos llegaban.

La tribu Charrúa, singularmente bélica, tuvo verdaderas jornadas romanas, exterminando unas tribus; asimilándose otras; marcando límites inviolables a sus dominios; y, sobre todo, exterminando la primera remesa de la irrupcion europea y teniendo en jaque perpetuo y secular a las subsiguientes; desbaratando sus planes de dominio; cerrándoles el texto de sus amaneradas

leyes; repudiando sus creencias idólatras, que él aun con ser «salvaje» no las poseía.

Declara un cronista godo: «Quizá han derramado los Charrúas mas sangre española, que los ejércitos del Inca y de Motezuma».

Este culto ferviente de Marte a que se sometieron todas sus jeneraciones, respetuosamente fanáticas del legado trasmitido, la obligó a la invencion de pertrechos para la lucha.

Junto con sus proezas llegaban a las otras tierras noticias de su parque de guerra. Se deduce claramente la razon de cómo ha podido el Charrúa ser interpretado e imitado por tribus lejanas.

El comentarista no está pues equivocado: el Charrúa fué el primero que usó boleadoras; y si agrega pampas y araucanos, englobándolos en un vacilante «en jeneral», éstos las usaron despues. Antes de la aparicion del Gaucho, si tenían noticia de ellas no se imajinaban los cuantiosos servicios que podía prestarles.

El Charrúa fué el gran histórico precursor en estas tierras del Sud.

---

## LA VINCHA

Las indicaciones etimolójicas que algunos coleccionistas de vocablos le aplican a «vincha», no satisfacen, estan lejos de ser aceptables.

La palabra es indíjena, sin duda alguna, y debe proceder del idioma Guaraní o de alguno de sus dialectos, puesto que apareció con el Gaucho.

La necesidad de ordenar y asegurar las crenchas para que no cayeran sobre el rostro, es el sencillo motivo que a casi todas las razas indíjenas les ha sujerido esa atadura en la cabeza, pero es indudable que en cada idioma autóctono ha tenido un nombre diferente, sin dejar de guardar cierta analojía entre ellos, como ya se ha demostrado.

El Gaucho primitivo la usó de tela india, tejida expresamente para ese objeto; el evolucionado dió los dobleces necesarios a un pedazo de tela cualquiera y la convirtió en vincha. El

paisano adoptó pañuelo, lo que le obligaba a usar el sombrero sobre la nuca y sujeto con barbijo.

Al desaparecer la melena se fué la vincha. Sin embargo, aun con el pelo corto, los indíjenas de hoy y muchos criollos camperos usan el pañuelo atado en la cabeza; quizá por instintiva reminiscencia.

---

## EL LAZO

Como un detalle típico del Gaucho, pintores, dibujantes y escritores, no descuidaron de adicionarle el lazo, cuando no entre las manos, sujeto al recado, cubriendo con su rollo el anca del caballo.

Es una de las varias confusiones producidas por los que no se han preocupado del orijen y evolucion del sujeto.

El Gaucho heredó el lazo de sus ascendientes y era notable en su manejo, pero solo lo usó para apresar cuadrúpedos; no le era util en sus correrías y habría podido servirle de estorbo y de peligro, por lo tanto lo mas frecuente era que no lo llevase consigo.

Cuando la paz lo entregó a los labores del campo, fué el lazo en sus manos el mas importante implemento de trabajo. Como paisano no podía prescindir de él.

No faltaban lazos en la montonera, pero en este caso representaban una entidad muy respetada en los ejércitos: nada menos que el "proveedor"; gracias a él se churrasqueaba y se tenía caballo. No faltó una proeza hecha a lazo, una verdadera gauchada, mas no eran corrientes las pruebas de esa especie.

Muchas tribus de naturales de las Américas usaron lazo de variados estilos, especialmente para la caza, es pues un objeto debido a su inventiva. Entre nosotros lo han usado algunas tribus, pero se singularizaron en su manejo los insuperables Charrúas, por lo cual dice un cronista arjentino: «Los Charrúas, que eran muy gauchos, lo manejaban con extraordinaria destreza».

No es entonces, extraño que el gaucho y el paisano hicieran primores con el lazo.

## EL CRIBADO

Este calzon-calzoncillo es exclusivo del gaucho arjentino; es de su inventiva y es su característica.

Calzoncillo se llamó, por la tela blanca con que se confeccionaba y por el sitio que ocupaba, sobre la piel, bajo el chiripá. Tambien se le llamaba «cribado», por el trabajo de bordado de criba de sus ruedos o flecos.

Esta prenda le ha sido sujerida por el indio manso, que al sostener contacto con los poblados se fabricó unos cómodos calzones anchos, derechos y cortos, pues no podía presentarse desnudo o con taparrabo. Casi toda la indiada que aun subsiste en el Sud americano, usa todavía esos calzones. El «cribado» tiene igual forma, solo que no es calzon sinó el calzoncillo convertido en calzon, no por innovar, que aquellos tiempos no eran propicios a las modas; han habido razones que lo han indicado, y la mas

segura es que los gauchos y paisanos usaban botas cortas de potro, que les dejaban con gran parte de las piernas descubiertas, lo que desapareció bajo el «calzoncillo cribado».

Cuando se propagó la bota de potro larga, aquella prenda estaba consagrada como distintivo lujoso y presuntuoso del gaucho y del paisano, y marcó la característica inconfundible del «gaucho arjentino».

En la banda oriental del Uruguay y del Plata nunca se usó, en ninguna época.

## EL CINTO — EL TALERO

## LA BOMBACHA — LA GUITARRA

El cinto empezó por ser un tiento en el «huachu» y en el Gaucho. Ambos colgaban en él las baratijas de su estimacion que copaban al invasor, pues no tenían sitio alguno en su vestimenta donde guardarlas.

Esto insinuó el pensamiento de hacerle bolsillos al tiento-cinturon, que entonces exijió cierres o botonaduras, con las propias baratijas que a ello se prestaban; y a medida que se hicieron estas aplicaciones, se enanchó el cinturon, y salió el cinto.

Las monedas tomadas al enemigo, no tenían para el Gaucho primitivo mas importancia que la de su brillo, por falta de quien sostuviera con él transacciones que dieran el valor de intercambio a que están destinados esos discos. Ya por éste motivo, ya por destruir las armas y efijies que esas monedas ostentaban, las con-

denó a botones, agujereándolas por el medio, pasando por el agujero un tiento que despues se anudaba, resultando una botonadura lujosa y fuerte como ninguna.

Cuando el «pago» proveyó los cintos de fábrica, presentaban: bolsillos, pistoleras, chapas, presillas, rastras, etc., conforme al gusto y necesidades del cliente; lo que sí, la botonadura siempre de monedas lejítimas, con pie soldado; era la característica histórica de esa prenda, y sin ella el paisano no la habría estimado. Las monedas, preferentemente, extranjeras.

En este punto de su transformacion, el cinto se llamó «tirador». Vocablo nuestro; derivado de «tiros», por cargarse en él las pistolas y los tiros o balas de repuesto, cuando era necesario.

---

Otro objeto que le endosaron al Gaucho para caracterizarlo, fué el «talero» o «rebenque»; indefectiblemente en la muñeca o en la empuñadura del facon; objeto que no usó y solo le habría servido de estorbo.

El indio tampoco usó ninguna clase de rebenque.

Ambos, de perfecto acuerdo con su caballo, se interpretaban mutuamente el pensamiento. Una orden verbal del bípedo, era en el acto obe-

decida por el cuadrúpedo, y si la ejecución tenía que ser rápida y enérjica, aquel la firmaba con las espuelas, y éste obedecía al pie de la letra, que en este caso era el de su dueño.

El rebenque fué herramienta del «paisano», de mucha utilidad en las faenas del campo y en las galopadas de viaje. Si la «desgracia» o el motin lo hacían alzar, con el talero iba, pero pronto tenía que guardarlo entre las caronas o colgarlo del tirador.

«Rebenque» por «látigo», es vocablo rioplatense; «talero» también lo es, y resulta más típico. Deriva de «tala», arbol de cuyas ramas se hicieron los primeros cabos de rebenque, por sus excepcionales condiciones para ese uso; estos cabos tenían unos treinta centímetros de largo; se forraban con cuero, dejando en un extremo un agujero para colocarle el tiento que había de servir para colgarlo, y en el otro extremo se hacía sobrar el cuero otros treinta centímetros, y formaba la «lonja» o sea la parte del rebenque destinada a castigar. El cabo es lo que se llama «talero», por lo tanto, cuando se castiga con él se dice que se han dado «talerazos», y cuando es con la lonja, «lonjazos»; pero el vocablo se ha hecho jenérico para designar al mismo rebenque.

El paisano tenía especial placer en poseer un buen talero, y de proporcionárselo se encargaban, como es de suponer, los bolicheros del

«pago», que revolucionaron el arte de la platería, haciendo confeccionar los mas costosos cabos de plata o artísticamente envirolados.

Nunca se desprendía el paisano de su rebenque, pues le servía para distraer las manos, como el baston al pueblero; además, y esto es lo importante, era una arma defensiva, que no pocas veces atajó una puñalada certera o dejó fuera de combate al contrario. Entonces se ofrecía en toda su personalidad el talero, pues el paisano se envolvía la lonja en la mano para proceder.

Este uso aplicado al rebenque, animó a los bolicheros a fabricarlos de fierro y de verga con alma de fierro, que tuvieron inmediata aceptacion.

No es talero de ley si tiene argollas y trenzado en vez de lonja; ese es el vulgar arreador o rebenque del carrero.

---

La bombacha es tambien un presente del « pago ».

Los mercachifles pensaron que para ofrecer pantalones al paisano, no debían ser mas incómodos que el chiripá, y recorriendo mentalmente el catálogo de los que se usaban en los paises « civilizados », no encontraron nada mas

a propósito que lo que después se llamó «bombacha».

En ninguna parte tuvo esta prenda el corte correcto y hasta elegante que nuestros criollos fueron exijiéndole con el uso, distinguiéndose muy especialmente en el Uruguay.

Apesar de su orijen, el vocablo con que se le designa es nuestro; «bombacha» no pertenece a idioma exótico alguno, es rioplatense.

---

La guitarra es otro artículo del «pago».

No la conoció el Gaucho épico, pero sí el de las montoneras civiles y el paisano. Ambos la usaron únicamente para acompañarse en sus cantos; pocas veces sabían piezas, y siempre de oído y por natural habilidad, prueba de que los introductores no conocían su manejo; probablemente no sabían ni templar. Esto no es una novedad, siendo el pulpero y otros mercachifles los ajentes del progreso de entonces.

Se ha caido tambien en el error de colgarle guitarra al Gaucho, como detalle típico, lo que es muy lójico desde el momento que ha habido empeño en hacerlo trovador; pero es injusto tratar tan desconsideradamente a nuestro procer. La guitarra es un accidente pintoresco en el proceso de su evolucion, mas nunca una característica.

---

## DE LAS CRÓNICAS E ICONOGRAFÍA

Curiosas ascendencias aplicadas al Gaucho. — Las láminas «de la época». — Equivocaciones contemporaneas. Una revista y una película — En la banda oriental del Plata.

Algunos intelectuales han escrito sobre el Gaucho, coincidiendo disciplinariamente en ciertos detalles, orijinalizando en otros y equivocándose en muchos.

La rutina o el prurito de querer siempre encontrarle a nuestras cosas procedencias exóticas, es en jeneral la causa de los errores que los cronistas cometen; sin duda con la mejor buena fe, cuando son criollos.

Sin embargo, las orijinalidades traen el mayor peligro; citaré como muestra la mas curiosa, la de las ascendencias aplicadas al Gaucho. Unas veces como probable y otras como indudable, lo derivan del: árabe, beduino, zíngaro, jitano, balkánico, griego, andaluz, valenciano,

castellano, etc., etc. Algunos le agregan *un poco de indio* como en los recetarios de cocina.

Es cierto, y vaya esto en descargo de esos escritores, que casi todos han tomado al «paisano paguero» y al «paisano alzado» por el Gaucho clásico. Explícase así que hayan supuesto esas extrañas ascendencias. Tanto valdría escribir sobre los granaderos de San Martin o los blandengues de Artigas, tomando de modelo a los actuales de las escoltas presidenciales arjentina y uruguaya.

Uno de los mas atrevidos, después de condimentar cierta mezcla de varias de esas ascendencias, concluye por decir que «el gaucho lo mismo que el indio salió de la pampa». Vieja y rutinaria figura literaria, puesto que de la pampa nada puede salir porque nada hay en en ella, para eso es «pampa», que quiere decir en idioma autóctono «desierto», «llanura»; y aun en el caso de que la pampa pudiera hacer el milagro de dar algo, ¿en qué parte de ella estuvo metida esa *ilustre* ascendencia exótica, que enjendró al gaucho y lo dejó salir con el indio?

Han contribuído a esas orijinalidades y a la desorientacion de los cronistas, los dibujos llamados «de la época», y mas que contribuir, podemos asegurar que han sido la causa única

de tantas equivocaciones, pues se nota claramente en crónicas y apolojías, que las deducciones están basadas en la indumentaria, olvidando al sujeto y su actuacion histórica.

Tienen su importancia los dibujos «de la época», cuando nos recuerdan una moda social desaparecida, o un sujeto definido, localizado, algo que haya tenido una amplia sancion anterior; mas, en lo que respecta al Gaucho, hay que tomarlos con toda precaución. Sin prosapia conocida; personaje de leyenda; surjido, no creado; llega en evolucion a manos de los que lo suponen un trasplante exótico, y cada dibujante «de la época» esboza *su gaucho*. Sin sospechar que pudiera existir un tipo definido y exacto, tomaban de modelo, a eleccion, un sujeto con prendas de gaucho, muy común en los poblados, y lo dejaban a la posteridad en grabado o en oleo, para mayor complicacion de las futuras deducciones.

Es un atenuante de los errores de esa herencia gráfica, tener en cuenta que toda ella se ha recojido en la banda occidental del Plata, y por extranjeros; éstos, los menos autorizados para aquella obra; y aquel terreno, el menos propicio para dar con el sujeto que se buscaba, llegado allí, repito, en evolucion, confundido en la masa campesina y pueblera, imitadora de su indumentaria con la policromía e innovaciones que es de suponer.

El resultado dá documentación abrumante: han quedado biografiados tantos gauchos diferentes como dibujantes y cronistas hubo. Pero obsérvese que nunca figura como guerrero, sinó como tipo de pueblo o de campo, de ahí su diversidad, y la mejor prueba de que no son gauchos.

Un cronista de los menos autorizados lo explica bien, hablando de los habitantes de la Arjentina en los años de la Libertad: «....mes-
«tizos, negros, mulatos, etc., que juntos consti-
«tuían las clases llamadas «bajas»... Entre ellos
«el primer lugar correspondía al «gaucho»(?) o
«mejor dicho al «paisano», porque «gaucho» se
«aplicaba propiamente al alzado, sin hogar, ni
«ley.»

Para las obras de Ascasubi editadas en París en 1872, el dibujante inventó un gaucho, teniendo en cuenta la casta de la colonizacion inicial de estas rejiones y los informes romántico-terroríficos que han debido proporcionarle, y le resultaron bandidos de Sierra Morena. El mismo Ascasubi no le dió mayor importancia, influyendo en ello la tendencia de casi todos los escritores de entonces, en la banda occidental, a buscar afinidades de nuestras cosas con las de los colonizadores, y hacer del Gaucho un trasplante andaluz. Además, este autor no tuvo inconveniente en dar a sus heroes criollos aspecto convencional, y tan convencional, que fanta-

sea escenas de supuesto desarrollo en 1778-1808, con supuestos gauchos de 1840-70.

Hay cronista que en 1880 describe un gaucho con pantalones y lo hace actuar en 1500-600; nó como novela, sinó como informe histórico ilustrativo, y sin notar el absurdo se han asesorado en él otros cronistas. Es el rutinario error de llamarle «gaucho» a un sujeto porque vive en el campo, es lo mas correcto que puede suponerse en obsequio al historiador; que en tales centurias, con toda seguridad, no vivía en esos campos nadie que no fuera aborijen.

Un pintor llamado Monvoisin, ha dejado en Buenos Aires un cuadro que hizo en 1842 y creo ha titulado «Gaucho federal», citado con frecuencia por cronistas contemporaneos. Hé aquí un caso en que se ha tomado parte de la vestimenta por el sujeto entero.

Este *gaucho* es simplemente un buen hombre del pueblo, que viste como vestían casi todos los puebleros humildes y los camperos de aquel tiempo. La enorme popularidad del Gaucho invadió en tal forma la banda occidental del Plata, que en todas partes se veían *gauchos* y todos querían parecerlo. Dibujantes y cronistas, extranjeros, buscaban gauchos para enviar a sus tierras la curiosa nota, y los *encontraban* como Monvoisin, en las calles de la poblacion, precisamente en los años históricos en que el gauchaje verdadero, repartido entre varios cau-

dillos, empapaba con su sangre el suelo arjentino, muy lejos de dibujantes y cronistas.

Este gaucho de Monvoisin está exajeradamente arropado, al punto que se ha envuelto la cabeza como mujer, dejando libre unicamente el óvalo de la cara. Tal detalle delata al sub-urbano o campero de faena (peon, arreador o matarife), que ataba el pañuelo de la vincha en la garganta, cubriéndose hasta las orejas, de puro flojo y friolento, y para que encajara mejor el sombrero-bonete panza-burro, que solía usar sin barbijo; y nada de eso es ni de los gauchos improvisados de entonces.

Sería cansador citar autores y dibujos «de la época» con la variedad de *gauchos* que aportan, un completo carnaval gauchesco: unos con calzones y otros sin ellos; con chiripá corto o largo; con sombreritos inverosímiles o galera de felpa; con pelo corto o coleta madrileña siglo XVIII; con sombrerito de paja o gorro de manga; con solo camisa o chaqueta torera. Y estos adefesios figuran algunas veces en fotograbados asesorando crónicas contemporaneas, pero felizmente con la consoladora aclaracion de su procedencia: «Gaucho según una lámina de X», «Gaucho según dibujo de H», etc. Sin embargo, no ha faltado un cronista entre aquellos, que haya dicho que en la ciudad y en las faenas camperas se había adoptado el traje del gaucho, por barato, cómodo y sencillo; nadie se ha fijá-

do en esa razonable advertencia; todos han persistido en combinarnos *gauchos* en concurso de orijinalidades.

El atraso «de la época» bien puede disculpar aquello. En el afán de consignar curiosidades vistas, tomaba parte activa la fantasía mental, y ni por casualidad se sospechó la trascendencia histórica que podría tener para nosotros el Gaucho, que, ya he dicho, en ninguna crónica ni en ninguna lámina figuró como guerrero, sinó como tipo del pueblo o del campo, lo que no obstante, ha confundido a cronistas contemporaneos, criollos, haciéndoles aceptar aquellos adefesios como ejemplares de nuestro procer. Y si no bastara lo anotado para darse cuenta de errores e inventivas de aquellas versiónes, vamos a ocuparnos de algunas de este siglo, de nuestros días, para que se convenza el mas incrédulo, de que si en esta fecha de nuestra cultura se trastuecan tipos y hechos, ¡qué no habrán hecho aquellos «de la época»!

Hay para un grueso volumen con los estupendos dibujos y descabelladas relaciones de extranjeros contemporaneos sobre el Gaucho, pero con muy poca cosa podremos juzgar del conjunto.

La importancia intelectual, social y política conquistada por la Arjentina en el exterior, ha hecho que ciertas cosas del ambiente rioplatense,

dadas a conocer al extranjero por su intermedio, se hayan popularizado como «arjentinas»; de ahí el «tango arjentino» y el «gaucho arjentino».

Rubén Darío estuvo largo tiempo en la Arjentina dedicado al periodismo, y es de creer que se ha informado de nuestras costumbres presentes y de nuestras cosas pasadas. Se fué a Paris, y fundó allí un magazine, en uno de cuyos números apareció un grupo de «plateados» mejicanos por «gauchos arjentinos». Esto fué ayer.

Hoy, en estos momentos en que este libro se imprime, el señor Blasco Ibañez, que también estuvo en la Arjentina, y fué *colono* en la banda occidental del Uruguay, rejion del Gaucho de estirpe, acaba de fabricarle un nuevo *gaucho* a la Arjentina, cuyos habitantes pronto lo contemplarán en la cinta cinematográfica titulada: «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», que ha conseguido le acepten en Estados Unidos.

En los fotograbados de una revista norteamericana, escrita en el idioma del señor Blasco por compatriotas suyos, veo un Cafe-concierto *porteño*, invencion tambien del autor; gran salon con las mesas y público en derredor; baila en él una sola pareja, compuesta de un pseudo-gaucho joven, casi un muchacho, lampiño; y cierta pseudo-criolla arjentina representada por una joven desnuda, apenas envuelta en ¡un manton de Manila! sujetado sobre los senos y que

va a perderse sobre las pantorrillas, dejando traslucir hasta los muslos a través de sus largos flecos.

El *gaucho* es sencillamente un peon sevillano arreador de ganado de lidia, distrazado con chiripá y ponchito mejicano. Sombrero calañés de picador, con colgajos de cordones con pompones, a la izquierda, iguales a los que usan los obispos detrás; el barbijo también con borlitas. La camisa de esas de franeleta, con cuello doblado, y vuelta a los cordones con pompones dentro del cuello, oficiando de corbata. Un cinto-faja de cuero, anchísimo, de los que usan los sevillanos citados; por debajo del cinto le asoma la camisa. Talero de virolas con lonja hasta el suelo. Lo que he llamado chiripá no está muy claro en el fotograbado, pues tambien parece bombacha.

Para concluir de embarrarlo, esta pareja baila «tango con corte», precisamente un baile que desconoció el Gaucho y también el paisano, y por lo tanto jamás lo bailaron. Y luego ¿qué demonios hace este *gaucho* solito en un *Cafe-concierto* de Buenos Aires? y digo solito porque no se notan en el público otros *gauchos*.

El cronista que a pedido del autor prepara los ánimos para recibir ese fenómeno dice: «Las «escenas en Sud-América son magníficas. La del «Cafe-concierto en Buenos Aires, imponente. Los «trajes, los tipos, las casas, los ademanes, el

«ambiente mismo son de un verismo absoluto...
«el tango bailado con todas las de la ley.....»
¿De dónde habrá sacado todo eso el noticiero? Pero sabe mucho mas, porque termina su artículo con este párrafo sujestivo: «Los cuatro «jinetes del Apocalipsis» constituyen el mejor «instrumento de propaganda hispana(?) que se ha «ideado en estos últimos tiempos. Hay quien «dice que Blasco no quedó del todo bien cuan«do estuvo en la Arjentina. Si dejó alguna deu«da por allí, ya la ha pagado con creces. La «República del Plata bien podía subvencionarlo.»

Eso es ignorancia e injenuidad, y otra innovacion: ahora habrá que decir: «así se escribe y se cobra la historia».

Bueno, pues, en un mañana mas o menos lejano, esta cinta y aquella revista podrán muy lójicamente servir de elemento de informacion, por las firmas que las abonan.

Y si sucede esto ahora, cuando hasta nuestros niños de los primeros cursos escolares son capaces de dibujar un verdadero gaucho, ¡qué no había de suceder cuando el tipo a copiar no estaba suficientemente definido!

Los cronistas en jeneral han sido superficiales al citar al gaucho en la descripcion de los habitantes de la banda occidental del Plata, y para la mayoría es como si no hubiese existido.

Unos pocos que se entregan a la apolojía de él, decididamente, lo colocan en cualquier centuria con su indumentaria del último tercio del siglo XIX, y los abalorios de ritual ofrendados por los bolicheros del «pago».

---

En la banda oriental, el Gaucho fué el soldado de la patria y de la rebelion. Guerra interminable armó sus campamentos en la codiciada península Charrúa, guerra sostenida antes por los caudillos de la Libertad, después por los partidistas y personalistas.

La guerra lo absorbió todo, lo enrojeció todo, y esa guerra era el Gaucho mismo; y este Gaucho era ejemplar único, sin romanticismos y sin debilidades puebleras que pudieran confundirlo en la caprichosa iconografía «de la época».

Llegaba a las ciudades el eco de sus proezas y venganzas, haciendo que se le respetara y temiera, por lo que no pudo improvisar en ellas representantes pintorescos, y aquellos habitantes que habían adoptado su indumentaria o parte de ella por sus ocupaciones o medio social, se guardaban muy bien de llamarse gauchos no siéndolo.

Si pasaron por aquellas poblaciones dibujantes, se explica que no nos hayan dejado bocetos de sus *descubrimientos* gauchescos.

A fines del pasado siglo, el gaucho oriental, el histórico gaucho, pasa al lienzo con el pincel vigoroso e ilustre de Blanes y el del modesto y malogrado Hequet, salvándose del olvido su homérica figura.

---

# LA MONTONERA

Como las fieras, que esconden su cachorrada en los mas espeso del matorral selvático, y salen a campear al enemigo que amenaza su predio, hemos visto que procedió el indio-gaucho, allá, en las brumas de nuestra prehistoria.

«Huachu»; iba solo; sin rumbo. Si encontraba una huella, para él inconfundible, rastreaba, auscultaba... y, rara vez perdía una flecha.

En los albores de nuestra historia, aparece el indio-gaucho iluminado por el Sol que presidirá su atrevida empresa; resplandece el bronce de su tronco recio, que surje del caballo indíjena en una sola pieza, como el mitolójico centauro.

La trascendental obra exijía algo mas que el sacrificio aislado de los «huachus», y éstos, que así lo comprendieron, se reunieron en grupos, haciendo pequeñas pero mortíferas patrullas de emboscada.

Cuando los mestizos gritaron «¡Patria!», aquellos grupos corrieron y se juntaron en informe monton de hombres, impacientes de pelea. Las moharras de las temibles tacuaras se saludaban brillando al Sol que auroleaba la escena.

Y en monton, volaron los inolvidables cruzados a la conquista de sus ideales y de su propia gloria.

Esos eran los fabulosos ejércitos de la Patria en la tierra Charrúa; montones de centauros audaces que aparecían a los ojos del enemigo como brotados del suelo, y cuyo terrible ataque era el vendabal que todo lo arrasa.

Cundió en su propia fama el terror que infundía su presencia.—«¡La montonera!» exclamaban con júbilo los nativos al divisar en el horizonte una lejana columna de polvo que se acercaba.—«¡La montonera!» barbotaba el enemigo con el corazon en un puño.

El vocablo es nuestro, es rioplatense.

El Gaucho lo llevó a todas partes donde, fiel a su vocacion y mision de soldado, formó esos minúsculos ejércitos vibrantes de coraje y osadía.

La montonera! Es un canto épico del más alto vuelo imajinable.

No nos ha nacido aun el jenial poeta que que ha de abrir sus pájinas a la posteridad.

# CONDICIONES MORALES DEL GAUCHO

Formado en azarosa vida del mas profundo odio, fomentado por un enemigo cruel y artero, el Gaucho no daba cuartel ni lo obtuvo nunca.

Y, sin embargo, era jeneroso; porqué era valiente.

No solo no conoció el miedo, sinó que fué imprudente en su temeridad.

Mas que valiente era osado, hasta asombrar a su propio enemigo, quien contribuyó a que la fama gaucha volara por el mundo, forjando mas tarde la leyenda.

El Charrúa fué sobrio, estoico y perseverante en grado sumo; ningun vicio le tentó; de ahí su secular sostenimiento sobre las armas, a despecho del invasor que no esperaba ver fracasar sus procedimientos. Y sobrio, estoico y perseverante fué el Gaucho.

Su fanática consagracion atávica a desalojar de su suelo al intruso, le apartó de las fatales tentaciones que solo el mismo intruso podía proporcionarle, por eso no le dominó ningún vicio.

Muchas virtudes le eran familiares:

Respetuoso de los débiles; su incondicional paladín, si era necesario.

Incapaz de una traicion, ni con su enemigo; efecto de su altivez y de su orgullo de guapo.

Abnegado hasta el sacrificio; ninguna distancia era larga, ningun momento inoportuno, en las exijencias de su mision guerrera.

Habil en todo, en la guerra y en la paz; siempre util, y siempre jeneroso y desinteresado.

Fiel al caudillo en las patriadas; leal al latifundista en la paz, y, no obstante, el hombre mas libre y mas altivo de la Tierra!

¿De la Tierra? ¿Y porqué nó? El Gaucho no se entregó a ninguna relijion; suponía, muy cuerdamente, que tenían que ser tan malas como los que las ofrecían. Si creyó en algo superior, no le rindió culto exterior; demostracion clara de que ninguna preocupacion distraía su pensamiento, de que si creía, no temía, que era altivo hasta con lo desconocido!

Libre de espíritu; personalmente libre cuando se le antojaba encaminar su caballo hacia los refujios que le brindaba la Naturaleza; ¿quién pudo decir entonces, ni puede decir hoy mismo, que es mas libre?

Y, sin embargo, aquel hombre, sacrificaba su libertad por conquistar la nuestra.

Era analfabeto, cuando con excepcion de los frailes todos lo eran; pero él leía con perspicacia indíjena en las dos majestuosas pájinas de la Naturaleza: el firmamento y el suelo; que no contenían ningun secreto en que no estuviera iniciado; sabía leer en la intencion y en el alma de su enemigo; y esta ciencia que enseñan dos grandes sabios: el instinto y la intuicion, le aseguró el triunfo de su noble empresa y la gloria a que tiene derechos ampliamente adquiridos.

Ese y no otro fué el Gaucho, y tales relevantes condiciones morales, son por sí solas la más terminante demostracion contra toda intervencion exótica en su ilustre orijen autóctono.

Comentaristas y viajeros-escritores que dan noticias de gauchos viciosos, pendencieros, etc., ignoraban que se trataba del sujeto evolucionado o de simples camperos aprovechadores del título. El «pago» dominaba mediante las necesidades impuestas por la *civilizacion*, que se traducían en vicios y pendencias de todo jénero, y solo de cuando en cuando aparecía el gaucho, salvando el atavismo en sus renunciamientos de paisano.

# INDICE

## NOTAS COMPLEMENTARIAS


EDICION DE LA
IMPRENTA ARGENTINA
DEAN FUNES 152
CÓRDOBA


18